

Instituto de Historia
Pontificia Universidad Católica de Chile

RESEÑAS

ROBERTO ARANCIBIA CLAVEL, *La influencia del Ejército chileno en América Latina 1900-1950*. Centro de Estudios e Investigaciones Militares, CESIM, Santiago, 2002, 537 págs., (3) ilustraciones.

Es conocida la influencia ejercida por las misiones militares europeas y, más tarde, de los Estados Unidos en la modernización de los ejércitos de las naciones sudamericanas. En el caso de Chile, el tema ha sido trabajado en su tiempo por Frederick Nunn y en 1999 por Holweg y Sater, los que llegaron a la conclusión que el modelo prusiano aplicado en el Ejército chileno distaba mucho de la eficiencia del original.

No obstante esta percepción negativa, el Ejército de Chile fue un modelo para sus congéneres en otros países de Latinoamérica. Dicha influencia es el objeto de estudio de este libro del general Arancibia, que corresponde al trabajo de su tesis de doctorado en historia en la Universidad Católica de Chile.

Un par de temas previos, abordados en el capítulo primero, son la profesionalización de la actividad militar en Europa durante el siglo XIX, particularmente en Francia y Alemania, y las amenazas externas e internas que enfrentaban los países de América latina en el mismo período. Frente a la necesidad de precaver contra dichas amenazas, las naciones de la región tornaron sus ojos a Francia para la modernización de sus ejércitos, conforme ocurría en el ámbito de las ciencias, las artes, la literatura y la moda. Esta influencia perduró, aunque con menos fuerza, aún después de su derrota en la Guerra Franco-Prusiana de 1870.

En Chile, el modelo francés se mantuvo hasta la Guerra del Pacífico. No obstante el buen resultado final, el conflicto dejó a la vista las deficiencias de la organización militar chilena, cuyo Ejército en los decenios anteriores solo se enfrentaba a la extensión y consolidación de la frontera de Arauco. De ahí la contratación de instructores militares alemanes y el envío de oficiales chilenos a ese país a partir de la década de 1880. Si los resultados no fueron todo lo que era dable esperar, según reconoce el autor, no es menos cierto que el Ejército chileno experimentó un visible cambio, no solo en los nuevos uniformes y el son de marchas alemanas perceptibles en las paradas militares, sino también en la organización interna, los programas de estudio, la proliferación de manuales y reglamentos y la implantación de una carrera profesional que debía poner a los oficiales al margen de los favoritismos políticos, aspecto este último destacado por el autor. El atractivo de este “modelo militar chileno” para otros gobiernos del continente no radicaba solo cómo se asimiló la influencia alemana, sino también en la estabilidad del

Estado chileno y “la capacidad de su gente y de sus militares”. Incidieron también, al menos en el caso de Ecuador y Colombia, consideraciones de política internacional. La conveniencia del acercamiento era recíproca. La presencia de oficiales chilenos en esos países debía afianzar los lazos de amistad entre ambos, una consideración no menor para Chile si se piensa en el delicado estado de nuestras relaciones con el Perú en las primeras décadas del siglo XX a raíz de la llamada cuestión del Pacífico.

El general Arancibia limita su estudio a las misiones militares chilenas en Ecuador, Colombia y El Salvador; las hubo también en otros países, como ser Venezuela y Nicaragua. Sin embargo, el estudio de estos casos presenta suficientes elementos en común para apreciar sus características y algunas de sus contradicciones. Uno de los primeros temas que aborda es la forma en que se realizaba la contratación de estas misiones. Si bien la solicitud y la selección se hacía por conductos oficiales, los participantes eran contratados personalmente por los gobiernos en condiciones económicas relativamente favorables y conservaban su posición en el escalafón militar chileno. Tal como sucedió con los instructores alemanes en Chile, los oficiales chilenos en los países estudiados concentraron sus esfuerzos en la formación de los oficiales y suboficiales, ya a través de la modernización de la respectiva escuela, ya mediante la creación de cursos de estado mayor. Al mismo tiempo que elaboraban los textos y reglamentos necesarios, tomando como modelo los usados en Chile. Por la información que nos entrega el autor, resulta evidente que trabajaban duro para ganarse su sueldo.

El servicio en el extranjero traía consigo otros riesgos para nuestros oficiales. La prescindencia del Ejército en la vida política de Chile era uno de los atractivos que presentaba nuestro modelo militar para los gobiernos que contrataban las misiones. Se esperaba que los oficiales mantuvieran una estricta neutralidad frente a los conflictos internos, pero también debían apoyar al gobierno legalmente constituido. Estos principios, ambos muy loables, podían resultar contrapuestos, y al menos en el caso de un oficial se hubo de poner término a su contratación luego de una sublevación exitosa. Aunque el autor no se adentra demasiado en el tema, sospechamos que solía resultar difícil mantenerse absolutamente al margen de la política interna, si pensamos que los oficiales se integraban a la vida social del país y varios de ellos contrajeron allí matrimonio. Muy distinto era, en cambio, si los oficiales chilenos participaban junto a los ejércitos locales en un conflicto exterior, como sucedió con los oficiales chilenos en El Salvador en su enfrentamiento con Guatemala en 1906, cuando el teniente Carlos Ibáñez fue el héroe de la batalla de El Platanar.

La situación de privilegio de que gozaban en el país solía suscitar envidias y resquemores, alentados en algunos casos por influencias externas que veían con malos ojos el ascendiente que lograban los chilenos, y que se manifestaban en críticas a través de los medios de prensa. Aunque recibían el apoyo de las autoridades de gobierno, el honor militar quedaba resentido.

El autor hace ver que las misiones militares chilenas fueron precedidas o sucedidas por instructores de otros países con mayor poderío militar y que aquellas salen bien paradas en las comparaciones efectuadas en los países receptores.

Dice mucho que, no obstante la creciente influencia militar de los Estados Unidos en la región durante y después de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno de Ecuador haya solicitado el envío de profesores chilenos (entre ellos el mayor Augusto Pinochet) para la reapertura de la Academia de Guerra del Ejército en 1955 y que, pocos años después, Colombia haya solicitado a Chile el envío de una misión militar ecuestre.

Para su investigación, el autor ha consultado archivos y publicaciones de Ecuador, Colombia y El Salvador, además de los repositorios documentales chilenos, prensa periódica y una amplia bibliografía, complementada con algunas entrevistas a los actores de los hechos que narra. Por la propia formación del autor, prima la perspectiva militar del tema, no obstante el propósito de insertarlo en un contexto más amplio. Esto se manifiesta en la manera como se ha estructurado el trabajo y también en las conclusiones. Lo anterior, empero, no resta nada al valor de sus aportes y al interés general del libro que se lee con facilidad.

JUAN RICARDO COUYOUMDJIAN

NICOLÁS CRUZ. *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile. 1843-1876 (El Plan de Estudios Humanista)*, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, PIIE, y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2002, 241 págs. Fotografías, cuadros.

Una característica fundamental del republicanismo hispanoamericano de la era de la independencia, tal como en el caso de las revoluciones francesa y norteamericana, era el énfasis en los modelos clásicos como inspiradores de la participación ciudadana, la virtud política, y el fomento de valores cívicos, bélicos, y de trabajo. Simón Bolívar acostumbraba abrumar a sus lectores y auditores con todo tipo de referencias clásicas, y hasta llegó a incorporar instituciones griegas y romanas en sus proyectos constitucionales. Durante el período heroico de la independencia, el ideal de la libertad era, en la formulación de Benjamin Constant, la libertad de acuerdo a los antiguos, que el pensador suizo-francés contrastaba con la libertad de acuerdo a los modernos. Es este último el ideal de libertad que se traduciría, en el curso del siglo diecinueve, en el liberalismo con sus varias vertientes europeas e hispanoamericanas. El desarrollo económico, los derechos civiles, el imperio de la ley y, en suma, la modernidad ocuparían el lugar del republicanismo clásico. Las instituciones creadas de acuerdo a este modelo, no podían sino experimentar transformaciones importantes durante el proceso de consolidación del liberalismo.

El valioso libro de Nicolás Cruz se enmarca en este amplio contexto de las transformaciones políticas, ideológicas e institucionales de la hispanoamérica decimonónica. Chile, precisamente por padecer en menor medida las convulsiones de los países hermanos, proporciona un excelente caso para estudiar en detalle un aspecto central del fenómeno en cuestión, que es la educación bajo un sistema

republicano que busca acceder a la modernidad. Inicialmente, la expansión del sistema educacional fue azarosa, dada la precariedad de los recursos fiscales, y la fundación y cierre de varios colegios en las primeras dos décadas de vida independiente. Con todo, se avanza bastante en definir los propósitos de la educación. Pero es en la década de 1830 que se empieza a percibir un claro adelanto, no solo en la consolidación del Instituto Nacional, sino que también en la elaboración de planes de estudios (como el de 1832) y proyectos que establecen un lugar preponderante para las humanidades en el nuevo contexto republicano. “Republicano”, cabe señalar, no quiere decir antiespañol, y en muchos sentidos el énfasis en la centralización es un claro legado de las reformas borbónicas.

Luego de una ágil reseña del desarrollo educacional de los primeros años de vida independiente, Nicolás Cruz examina en detalle la introducción del Plan de Estudios Humanista de 1843, siguiendo su desarrollo a través de tres décadas no solo en la capital sino también en provincias, hasta su agotamiento y reemplazo en 1876. El eje de este plan, inspirado en gran medida por Ignacio Domeyko, es la enseñanza del latín, que se concibe como el vehículo para acceder a los valores de la antigüedad clásica, y como efectivo instrumento de desarrollo intelectual. Como señala Nicolás Cruz, este énfasis era compartido por otros pensadores, incluyendo muy especialmente al entonces Rector de la Universidad de Chile, Andrés Bello. Para esta generación, el orden republicano solo podría afianzarse a partir de las sólidas lecciones de moral cívica elaboradas por los pensadores clásicos. No quiere esto decir que no existieran postulados diferentes, como los del entonces Rector del Instituto Nacional Antonio Varas, pero estos eran más bien complementarios antes que alternativos.

Uno de los grandes valores del libro de Nicolás Cruz es trazar fundamentada y sobriamente los límites de este plan, y las razones por las cuales fue eventualmente reelaborado. El autor deja en claro que la verdadera oposición al plan de estudios humanistas no venía de fuentes ideológicas, sino de problemas prácticos. En primer lugar, la escasa formación elemental, que hacía prácticamente imposible el avance en ramos tan sofisticados como la enseñanza del latín. Cabe recordar que el latín no era un ramo más dentro de un variado currículo, sino que la columna vertebral de la educación secundaria. En segundo lugar, la formación y papel del profesorado. Estos, compensados a un mínimo nivel, no poseían mayor formación académica y tendían a abandonar la profesión apenas surgían alternativas laborales. Pero aún más importante era que estos debían enseñar varias materias al mismo tiempo, lo que hacía imposible la especialización requerida por los ramos más difíciles y avanzados. En tercer lugar, el plan de estudios suponía la existencia de laboratorios, bibliotecas y textos de estudios. Estos fueron establecidos o redactados a un nivel sin precedentes, pero no a la par del desarrollo educacional, y además fueron afectados por episodios tales como las guerras civiles de 1851 y 1859, o incendios y terremotos. En cuarto lugar, y quizás es esto lo más importante, no había demanda por el contenido clásico e intelectual del programa de estudios humanísticos. Esto, como señala el autor, no tenía nada que ver con una postura anticolonial que la historiografía a veces ha supuesto se encontraba en la base del rechazo del latín (y el derecho romano). Apenas se abrió un espacio para

las lenguas modernas, la demanda se hizo patente. Las cifras entregadas por el autor al respecto son demoledoras. Así, la erosión del plan se debió en gran medida al deseo de padres, apoderados, estudiantes, y también algunas grandes figuras educacionales, de una educación práctica que permitiera a los jóvenes acceder a los empleos mercantiles, agrícolas, mineros y administrativos que reflejaban la creciente modernización del país.

Este último fenómeno era particularmente claro en provincias, en donde los factores antes mencionados se agudizaban, y en donde el énfasis en una educación práctica era aún más acentuado. Centros mineros, comerciales o agrícolas como La Serena, Valparaíso, Talca y Concepción exigían contenidos educacionales más adecuados a las realidades regionales, y representaron una gran fuente de resistencia al plan de estudios humanísticos. Entre los muchos valores del libro de Nicolás Cruz, se encuentra precisamente este énfasis en los liceos de provincia, que no solamente explican las resistencias al plan, sino que hacen un aporte original a la historiografía sobre la educación nacional. El autor describe no solo la dinámica educacional en las ciudades más grandes, sino también en otras más apartadas y con menos población estudiantil, incluyendo descripciones de varios de los diez liceos fiscales en existencia en la década de 1850.

También es notable la cobertura de los debates intelectuales en torno a la importancia del latín y el desarrollo de un currículo orientado a las carreras profesionales. El autor demuestra que la pugna no era entre oscurantistas coloniales y liberales modernizantes, sino que el producto de una segunda generación republicana, que veía claramente superadas las demandas de la independencia, y buscaba mecanismos prácticos de expansión del sistema educacional como también de desarrollo económico. De hecho, fueron precisamente aquellos mejor formados en un plan humanista, y además eximios latinistas, como los hermanos Amunátegui y Diego Barros Arana, los que encabezaron las transformaciones del currículo. Esto contribuyó a que el latín y el contenido humanista de la educación chilena no desaparecieran del todo (la eliminación del primero no ocurriría hasta 1880), y que se lograra una oferta educacional más ajustada a la demanda ciudadana. No hay, en otras palabras, una diferencia fundamental entre las propuestas de Bello y Domeyko, y las de la generación que ellos formaron, sino que un énfasis diferente en los contenidos educacionales de un republicanismo que derivaba en liberalismo.

Este libro tiene otros méritos que importa señalar: la discusión historiográfica es ponderada y revela una gran compenetración. El autor reconoce los aportes de muchos autores e identifica constantemente el lugar de sus propias ideas. Aporta además datos estadísticos de gran utilidad para quienes deseen conocer en sus verdaderas dimensiones el papel del Estado en la educación nacional. La lectura es amena y las conclusiones sobrias y apropiadas. Este libro muestra a un historiador en la plenitud de su oficio, y revela la madurez de los estudios no solo de educación e ideas, sino de nuestra historia republicana.

CRISTIÁN GAZMURI, *Eduardo Frei Montalva y su época*. 2 tomos. Santiago de Chile, Aguilar, 2000.

Eduardo Frei, fundador de la Democracia Cristiana chilena y presidente entre 1964 y 1970, fue uno de los más notables políticos latinoamericanos de su tiempo y una expresión cabal de muchas de las orientaciones predominantes en la década de 1960, que hoy parece tan lejana. Cristián Gazmuri ha trazado, en esta extensa biografía, la trayectoria del hombre: el exitoso curso de su doble ascenso, social y político, y su doloroso final. También, la de un grupo: los jóvenes católicos que, desde sus modestos orígenes en la década del treinta, llegaron a convertirse en los años sesenta en una alternativa para la polaridad entre izquierdas y derechas, que caracterizó la política chilena en la segunda posguerra.

Quizás allí esté el mayor interés de esta sólida y compacta biografía. Ese grupo católico surgió a fines de los años veinte en un país que, aunque muy religioso, tenía una larga tradición de laicismo, rematada en 1925 con la separación de la Iglesia y el Estado. Por entonces los católicos se nucleaban en un anquilosado Partido Conservador, que ni siquiera había llegado a asimilar la encíclica *Rerum Novarum*. Desde 1930, la Universidad Católica y la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC) fueron los lugares donde se incubó la renovación, que combinó el mensaje integrista de Pío XI con los acentos social cristianos provenientes del catolicismo belga. Es posible que estos matices no se percibieran en un medio tan tradicional, donde hasta la encíclica *Quadragesimo anno*, y su propuesta corporativa, fue recibida con reticencias.

Uno de esos jóvenes fue Eduardo Frei, hijo de un modesto inmigrante austríaco y luterano que trabajaba como contador, y de una criolla de clase media provinciana. Niño pobre, Frei fue educado en distintos institutos católicos: el Seminario de Santiago, primero, y el Instituto de Humanidades, con menos prestigio académico que el Instituto de Santiago y menos lustre social que los colegios de las Congregaciones, pero que podía becar a un joven humilde y talentoso. Luego, la carrera de Derecho en la Universidad Católica, elegida como el mejor camino para completar el ascenso profesional. En esos años Frei, un estudiante aplicado, devoto y practicante, ganó la confianza de los eclesiásticos, que lo incitaron a militar en la ANEC, un ámbito que Gazmuri reconstruye con precisión.

Por entonces los jóvenes católicos universitarios tenían más influencias de Lovaina que de Roma, algo que los diferencia de sus similares argentinos. Leían a Maritain, y también a Spengler, Ortega y Rodó. Pronto pasaron a la política; en 1935, incitados por la jerarquía católica, ingresaron en el Partido Conservador. Allí terminó de formarse el movimiento que en 1938 se separó y constituyó formalmente la Falange Nacional, primer núcleo político específicamente católico. El nombre es engañoso: no los seducía Franco, ni siquiera Primo de Rivera. A la hora de las definiciones, la crítica al liberalismo no los llevó a admirar los regímenes de Portugal, Austria o España, favoritos del papado. Más democráticos que corporativistas, querían ubicarse “más allá de las derechas y las izquierdas”. Durante la II Guerra Mundial, la Falange supo colaborar con el gobierno de centro izquierda heredero del Frente Popular, y en ese campo buscaron preferentemente sus alianzas políticas.

La carrera personal de Frei progresó notoriamente entre 1938 y 1958, algo llamativo en un país donde no eran muchos los que, sin pertenecer a familias tradicionales, hacían carreras políticas. Fue presidente de la Falange, ministro de Obras Públicas en 1945 –único cargo de gestión antes de ser Presidente–, Senador en 1949 y candidato presidencial en 1957. Además, viajó y adquirió notoriedad internacional, especialmente en los círculos democristianos hispanoamericanos y europeos, y también en los Estados Unidos. Por entonces la Falange era un pequeño partido que buscaba su lugar en el centro de la política, mientras en el contexto de la Guerra Fría las opciones se polarizaban. Desde 1946, cuando los radicalizados partidos Comunista y Socialista fueron objeto de una fuerte persecución, la Falange empezó a delinear su “tercera posición”: se opuso al anticomunismo cerril en nombre de la libertad, pero procuró diferenciarse claramente del marxismo, con una propuesta que no era ni capitalista ni comunista. Se afirmó como partido católico pero no clerical, democrático, estatista y comunitarista, de acuerdo con las influencias, no del todo procesadas, de Maritain, Don Sturzo y Teilhard de Chardin. En 1957, sin haber acabado de definir su perfil programático, se transformó en Partido Demócrata Cristiano, incorporó a todos los católicos de tendencia social cristiana –un conjunto heterogéneo–, y alcanzó el tercer lugar en las elecciones presidenciales, detrás del frente de izquierdas, que postuló a Salvador Allende, y de la derecha, que consagró presidente a Jorge Alessandri.

El período de Alessandri, entre 1958 y 1964, fue probablemente el más notable en la historia del Frei político, y a la hora del balance final, el más exitoso en términos personales; aunque no lo enfatiza así, esto se deduce de los hechos expuestos por Gazmuri. Desde 1958, Frei, que era sin duda su jefe natural, condujo a la Democracia Cristiana, un partido prometedor pero pequeño, en el difícil proceso de convertirse, seis años después, en la alternativa al frente de izquierdas que encabezaba Salvador Allende. Simultáneamente, hizo una fuerte oposición al gobierno derechista de Alessandri, sabiendo que vencer a Allende implicaría captar una buena parte de los votantes de derecha. Tarea difícil, y más porque la Democracia Cristiana, un partido multiforme, contenía tendencias que abogaban tanto por una alianza con la izquierda cuanto, más discretamente, por un acercamiento a la derecha. Ubicado en el centro de su partido, más por conciliador que por principista, Frei resultó respaldado por la serie de éxitos electorales de la Democracia Cristiana, tanto comicios parlamentarios cuanto en los estudiantiles y hasta sindicales, tradicionales baluartes de la izquierda.

Se consolidó así una mística ganadora, que aglutinó a los militantes católicos y permitió definir un programa. En él se integraba la tradición estatista de las décadas del cuarenta y cincuenta con la reivindicación de justicia social propia del pensamiento católico y las propuestas reformistas de la Alianza para el Progreso. “Chilenización” del cobre, reforma agraria, promoción de la educación y la salud eran los puntos salientes de un programa que se ajustaba a las propuestas ampliamente difundidas por la CEPAL. El frente de izquierdas también las recogía, en una versión solo un poco más radicalizada, una coincidencia que quizá Gazmuri podría haber desarrollado más ampliamente. La DC le agregaba a eso un condimento de raíz social cristiana: el comunitarismo, que como señala con precisión Gazmuri, tenía el mérito

inmediato de sonar atractivo, y el inconveniente de largo plazo de ser algo indefinido y difícil de traducir en prácticas e instituciones operantes.

La diferencia que Frei marcó insistentemente, es que la Democracia Cristiana haría su “revolución en libertad”, lejos de la “dictadura marxista”. Este era un punto clave. A lo largo de buena parte del texto, Gazmuri va dejando testimonio del antimarxismo militante de Frei, un rasgo que lo fue diferenciando de otros dirigentes demócratacristianos, más propensos al diálogo. A la vez, fue decisivo para el triunfo electoral de 1964. Mientras el programa atrajo a los jóvenes revolucionarios y cristianos, ese antimarxismo convirtió a la Democracia Cristiana en la menos mala de las alternativas para el tercio de votantes de la derecha.

Gazmuri hace una evaluación global del sexenio presidencial de Frei, y por otra parte un análisis de los aspectos políticos coyunturales, que en definitiva concluyeron con el triunfo de la Unidad Popular en 1970. La “revolución en libertad” aparece como una fase del proceso de modernización de la sociedad y la economía chilena, y las políticas de Frei pueden ser vistas, en el largo plazo, como parte de una intervención estatal, en la dirección de la economía y la promoción de la equidad social, que arranca en los años cuarenta y se proyecta al período de Allende. Los grandes programas de reformas de la presidencia de Frei —la “chilenización” de la industria del cobre, la reforma agraria, la promoción social y la extensión de la educación—, fueron en los sustantivo continuada por Allende. Con razón puntualiza Gazmuri que lo radicalmente ausente es cualquier sesgo neoliberal, como el que caracterizaría las políticas posteriores a 1973. Sin embargo, se insinúa que, más allá del fuerte cambio de rumbo luego del golpe militar, la bonanza de finales del siglo se apoya en aquella modernización.

La continuidad en el largo plazo de las orientaciones coincidió con una alta conflictividad social y una fuerte polarización política, que terminó haciendo trizas el proyecto de la Democracia Cristiana y, en lo personal, el prestigio de Frei. Comenzó su largo calvario, personal y político, que solo concluyó con su muerte, reconstruido paso a paso por Gazmuri. La leyenda negra urdida sobre la reforma agraria, un proyecto en realidad más bien modesto, fue el caballito de batalla de las derechas, que se unificaron y fortalecieron en el Partido Nacional. Las izquierdas, en cambio, aprovecharon la movilización social generada por la propia política reformista. En la segunda mitad de los sesenta, la utopía revolucionaria potenció la ilusión que la propia Democracia Cristiana había generado; en ese contexto, cualquier reforma debía resultar lenta e insuficiente. La resistencia de las izquierdas fue mayor debido a la incursión de los demócratas en terrenos que juzgaban propios, cuando avanzaron en la promoción social o la sindicalización campesina.

En ese contexto, la Democracia Cristiana empezó a padecer conflictos internos, lógica consecuencia de un crecimiento previo muy rápido, de la falta de coherencia organizacional y de la indisciplina de sus militantes. Las mayores presiones provinieron de los grupos que deseaban acercarse a las izquierdas, que terminarían constituyendo el MAPU, y más tarde la Izquierda Cristiana. La Democracia Cristiana perdió así muchos militantes, sobre todo juveniles, y con ellos se fueron muchos compañeros de la primera hora de Frei, cada vez más solo, y más asociado con el ala derecha de su partido. Desde esa posición, que asumió con intransigentes

cia, enfrentó desde 1970 al gobierno de la Unidad Popular, vencedor de una elección que relegó a la Democracia Cristiana al tercer lugar. Frei no tenía dudas de que se trataba de la antesala de la dictadura marxista, según el modelo cubano; tampoco las tiene su biógrafo, y en este punto se extraña la falta de un desarrollo más amplio. Dada la irreductible singularidad del “modelo cubano”, ¿qué significaba exactamente su aplicación en Chile?

Frei criticó fuertemente al gobierno de Allende y se sumó, sin demasiados matices, a las voces de la derecha. Al tiempo, sostenía renovados combates con sus compañeros de partido, que querían mantener abierto el diálogo con la izquierda, una tarea difícil dada la radical politización. La Democracia Cristiana siguió desangrándose, y Frei no cesó de alejarse de sus viejos amigos, incluso de los dos que, desde la década de 1930, lo acompañaron en ese emprendimiento: Radomiro Tomic y Bernardo Leighton. Con los votos de la derecha, Frei fue electo Senador y luego presidente del Senado. Pudo haberse convertido en la clave de una alianza política que derrotara a la Unidad Popular, pero la intervención militar cerró esta posibilidad.

Después del golpe, la escisión demócratacristiana se profundizó, complicada por la emigración forzosa de muchos de sus principales dirigentes. Leighton y otros condenaron de inicios la dictadura militar; Frei, en cambio, le dio inicialmente su apoyo: había evitado la amenaza comunista, que juzgaba grave e inminente. De allí pasó a la reticencia, y luego a la oposición cauta, hasta que en 1980 –con motivo del plebiscito constitucional– pareció reencontrar el lugar para la oposición, y comenzó a capitalizar, en un contexto de fuerte represión, una suerte de intangibilidad, más que relativa, que le daba su posición de ex Presidente. En el ínterin, se profundizó su ruptura con la mayoría de los dirigentes de su partido –que en el exterior estrechaban lazos con los izquierdistas compañeros de exilio y desgracias– y a la vez recibió la más dura crítica del gobierno y sus adláteres; entre ellos la de no pocos demócratacristianos, viejos compañeros que se habían sumado al elenco gobernante. Inclusive los dirigentes europeos de la Democracia Cristiana, que lo habían tratado como a un igual, le volvieron la espalda. En esa triste situación llegó la muerte, prematura; su calvario concluyó sin martirio ni redención.

Cristián Gazmuri mantiene un meditado equilibrio entre la obra de divulgación y la monografía académica. Se trata de una biografía, personal y política, construida sobre el fondo, no siempre dibujado con precisión, de la historia del Chile contemporáneo. La escritura, que respeta rigurosamente el ordenamiento cronológico, salvaguarda el relato sacrificando algo la dimensión analítica: solo en contadas ocasiones se permite una mirada, perspicaz, de largo plazo sobre el proceso económico o político. En cambio, la figura de Frei aparece sólidamente encuadrada en su grupo de pertenencia, el referente constante de su vida política: los jóvenes católicos de 1930, que iniciaron lo que sería el Partido Demócrata Cristiano. La muerte, si se quiere inopinada, de Frei nos impide conocer el final de esa historia, cuando a fines de los 80 se reconstruya esa colectividad política.

Gazmuri, con quien colaboraron dos prestigiosos historiadores, Patricia Arancibia y Álvaro Góngora, utiliza naturalmente todas las fuentes disponibles: periódicos, papeles personales, discursos, libros escritos por Frei, y muchas entrevistas personales, que ocupan un lugar importante en su reconstrucción. Dos cosas llaman

la atención sobre las entrevistas. Una menor: la persistencia del encono en varios de los compañeros de militancia de Frei, pese a los años transcurridos. Otra mayor, que interesa a los historiadores: saber cómo ha manejado las entrevistas para encontrar la “verdad histórica” y respetarla “en forma acuciosa”. No sabemos cómo, pero queda la impresión de que Gazmuri, con mucho oficio y sentido común, ha logrado abrirse paso entre recuerdos necesariamente confusos y contradictorios. Al menos, esa sensación deja cuando, en cuestiones contenciosas, nos asegura que las cosas sucedieron de una cierta manera: logra que le creamos.

Gazmuri no es neutral ante Frei. No podría serlo. Quizá debería haber explicitado más ampliamente su perspectiva. Diríase que hay un cambio a lo largo de esta extensa obra. En el primer tomo, que concluye hacia 1958, es la del observador que mira complacido cómo la criatura crece, se desarrolla y llega a ser lo que debía ser. En el segundo tomo, dedicado a las dos décadas en que Frei estuvo en el centro de la escena, la mirada se hace más crítica y discutidora. Hay más preguntas sobre opciones hechas, caminos no tomados, falta de fuerza o exceso de ella, incapacidad para prever el futuro. Es una mirada más perspicaz y a la vez más comprometida. ¿Con qué? Al relato parece faltarle un *terminus ad quem* adecuado, que lo organice. Probablemente se deba a que, con su muerte, Frei se perdió el final de su propia historia, y dejó inconcluso el balance sobre su aporte a la construcción de una sociedad moderna y democrática en Chile.

LUIS ALBERTO ROMERO

EMMA DE RAMÓN, *Obra y fe. La catedral de Santiago, 1541-1769*. Santiago, DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana / LOM, 2002, 202 págs.

Dentro de las primeras acciones que toman los hispanos cuando se instalan en los territorios americanos conquistados, la fundación de un espacio urbano ocupa el lugar más destacado. Frente a la naturaleza desconocida y a un “otro” indígena muchas veces hostil, el marco seguro y conocido de una ciudad se presentaba, ya desde la tradición del burgo medieval, como la mejor protección material y psicológica frente a los peligros externos; tanto más, cuanto que dicho espacio estaría rodeado por una red protectora de ermitas y santuarios cristianos y, en su interior, salpicado de conventos, iglesias y capillas, además de un numeroso conjunto de administradores de lo sagrado. Todo ello permitía generar la sensación de estabilidad espiritual necesaria para la autoafirmación identitaria de los inmigrantes y sus descendientes.

Sin duda, entre esos espacios sagrados, la iglesia matriz o catedral –si correspondía a una sede episcopal– constituía el nódulo central de esta trama urbano-religiosa –por algo estaba situada en la plaza mayor– y el punto de partida y de llegada de los principales flujos devocionales de las urbes.

Santiago no fue una excepción a esta regla, como lo demuestra Emma de Ramón. Fruto de una tesis doctoral, *Obra y fe* relata los hechos y tensiones asociadas a

las sucesivas construcciones y reconstrucciones del edificio que albergó a la sede diocesana de Santiago. La autora enmarca temporalmente su estudio entre la fecha de fundación de Santiago y el año 1769, cuando un gran incendio terminó por destruir la ya largamente malograda estructura tradicional del templo, dando paso a la reconstrucción neoclásica que conocemos hoy. Como opción metodológica, la presentación se divide en tres períodos: el primero abarca la historia de los dos primeros templos, es decir, el de la iglesia primitiva, que existió hasta la década de 1580, y el de la iglesia construida en estos años y que se derrumbó con el terremoto de 1647. El segundo período comprende la reconstrucción efectuada con posterioridad al sismo. Por último, se estudian las transformaciones realizadas durante el siglo XVIII, hasta el incendio mencionado.

Respecto a las fuentes utilizadas, queda claro que la autora realizó una búsqueda exhaustiva y sistemática de los principales archivos nacionales donde se podía hallar la información. Quisiéramos destacar, entre ellos, el Archivo del Arzobispado de Santiago –donde se custodian los documentos del Cabildo Eclesiástico– y los fondos del Archivo Histórico Nacional, donde encontró referencias significativas para estudiar la participación de artesanos en las sucesivas construcciones, reconstrucciones y alhajamientos del templo (Escribanos y Contaduría Mayor). Especial interés reviste la búsqueda en el Archivo del Arzobispado de Lima. Como iglesia metropolitana de la de Santiago, la catedral limense recibió una serie de informes y solicitudes que la autora pudo utilizar para complementar su trabajo y aclarar vacíos presentados en las fuentes chilenas.

Si bien su rol como catedral no comienza sino en 1563 –fecha de la consagración episcopal del edificio–, De Ramón indaga sobre los orígenes del primer templo, con especial acento en las personas que lo dispusieron y aquellos que lo construyeron, su financiamiento y el costo. Estos ejes serán fundamentales a lo largo de su demostración, relatando, a veces con extrema minuciosidad, valores de materiales, de salarios, de medidas y distancias, etc.

Sin duda, toda esta vasta información entrega aportes significativos para otros estudiosos que quieran adentrarse en la historia social y económica del período. De hecho, la autora debió sacar mayor provecho de la información recopilada. En efecto, una buena parte de sus páginas recoge datos brutos, ordenados cronológicamente. En este sentido, casi los dos primeros tercios del libro aparecen como una recopilación, ordenación y presentación de información, con un registro pormenorizado y cronológico de hechos; opción que nos llama la atención tratándose de una tesis doctoral.

La autora raramente recoge las hipótesis y argumentos teóricos señalados en la introducción de su texto, cuando nos habla de que el edificio es “*solo un aspecto de su existencia [–de la catedral–] y, diría, el de menor relevancia*” (p. 16), enfatizando luego que lo principal se vincularía a la vida espiritual, los ritos y devociones de los fieles católicos santiaguinos. La catedral, pues, sería un “*testimonio de la organización religiosa, cultural, cultural, social y económica de nuestro país*” (p. 17). Culmina esta reflexión introductoria con una hipótesis sin duda notable, y que, de haber sido el eje interpretativo de la tesis, se hubiese convertido en un aporte señero para nuestra historiografía:

“La arquitectura y otras formas de expresión artística, son estudiadas aquí como un instrumento del poder sobre las personas y sus conciencias que detentaba la Iglesia en aquellos remotos años y que esas mismas personas alimentaban a través de los espacios que estas autoridades les permitían ocupar, decorar, modificar. A nuestro juicio, esta hipótesis es el eje para comprender al arte y a la arquitectura colonial, en particular, el arte y la arquitectura chilena colonial [...]” (p. 18).

Es decir –y concordamos plenamente con la autora–, todo estudio de un edificio religioso debe insertarse en el estudio de la vida religiosa de la ciudad que lo acoge. Pese a ello, cuando entramos a leer los capítulos del libro nos encontramos con que la perspectiva asumida se centra demasiado en el análisis del edificio en sí, reduciendo a un mínimo sorprendente la relación estrecha con su entorno urbano, en especial con el espacio exterior: la plaza mayor; o el cementerio adosado a uno de sus costados y que, justamente, se insertaba en dicha plaza, etc.

Otra carencia sorprendente es el estudio de la relación de la catedral con los otros templos de la ciudad, relación que en todas las fuentes de la época aparece con una frecuencia e importancia insoslayable. Desde las procesiones hasta el culto a las diversas advocaciones, pasando por el propio peso espacial y devocional de cada iglesia de Santiago, el rol de la catedral se insertaba en una red eclesiástica que funcionaba en forma coordinada. Incluso más, sabemos que durante el período estudiado existían otros templos –como el de los jesuitas– con una presencia espacial, riqueza arquitectónica y capacidad de convocatoria de fieles mucho más intensa que la propia catedral. Incluso, como *Obra y fe* se encarga de señalar, durante largos años –a veces decenios–, posteriores a los numerosos terremotos que asolaron el edificio, las funciones litúrgicas y espirituales de la catedral se trasladaron a otras iglesias, en espera de la lenta reconstrucción. Podríamos preguntarnos, entonces, ¿por qué se escogió a una iglesia determinada para cumplir este papel?, ¿cómo se organizaron espacial y culturalmente estas “catedrales” provisorias y ambulatorias?, ¿hasta qué punto podemos considerarlas provisorias, si este desplazamiento se extiende a veces, prácticamente, durante la vida de toda una generación de personas?

Aislar de dicha red al principal templo de Santiago equivale, a nuestro juicio, al error que podría cometer un cardiólogo al tratar el funcionamiento del corazón sin tomar en cuenta el resto del cuerpo; usando la analogía corporalista tan cara al Barroco.

Se nos podrá criticar, como contraargumento, que ese no era el objetivo principal de la autora y de que el estudio delimitado y circunscrito de un objeto específico, como el que aquí se presenta, está en la esencia de una investigación monográfica y genera aportes tan valiosos para la historiografía como otros. Acepto, por supuesto, este argumento, pero mantengo las inquietudes predichas, las que, sin duda, también se encuentran en la base de un estudio monográfico que busca explorar la dinámica de un objeto histórico.

Centrémonos, entonces, solo en el edificio de la catedral. En este punto, volvemos a quedar “con gusto a poco”. En efecto, desde la perspectiva de la historia del arte que defiende la autora, el texto, salvo valiosas excepciones, desdibuja los

propósitos iniciales de buscar esclarecer la relación entre la sociedad santiaguina y “su templo”. Y ya no estamos discutiendo, por ejemplo, la ecuación entre el “poder de las imágenes” de la catedral en relación a las de otros templos de la ciudad, sino que la dinámica sociodevocional del arte religioso al interior del edificio catedralicio. En otras palabras, y a partir del mismo título del libro –*Obra* (construcción arquitectónica) y *fe* (creencias religiosas)–, extraña sobremanera la inexistencia de capítulos donde se contemplen estudios de las imágenes de devoción, de su presencia, uso ritual, capacidad de convocatoria y evolución de su distribución en las capillas de la catedral. Esto nos parece fundamental para entender, justamente, la vitalidad religiosa de la obra arquitectónica en la perspectiva de la historia social del arte y, por ende, para responder al objetivo central de la obra, esto es, “*la relación establecida por la sociedad santiaguina y su templo*”, como se apunta en la contraportada del libro.

En este mismo sentido, falta un estudio más intenso de su dinamismo social interior, apuntando en forma sistemática al uso específico del espacio de las naves y capillas por parte de la sociedad, así como de la jerarquización social del templo en las liturgias y en la disposición de las tumbas, etc.

Por cierto, esto no sucede así en todo el libro. El capítulo titulado “La antigua catedral y su relación con la ciudad de Santiago: 1566-1769”, busca recoger estas carencias y resumir, en apretadas treinta páginas, la organización, decoración y funciones internas, la participación de la feligresía, la liturgia y su proyección social, el papel jugado por las elites y el establecimiento de capellanías, y las relaciones espaciales entre el interior y el exterior del templo, en particular con la plaza mayor.

Obra y fe es una excelente crónica, con abundante información y visos de interpretación que podrían haberse ampliado y profundizado, a partir de una mejor y mayor complejización de los problemas presentados y de un adecuado cruzamiento de los datos y referentes que se encuentran expuestos en el mismo libro. Las fuentes utilizadas por De Ramón dan para más, como lo demuestra en este penúltimo capítulo citado –uno de los mejor logrados, por cierto–, y nos quedamos “con gusto a poco”, esperando que la autora retome esta línea de trabajo, en la cual se demuestra muy conocedora y capaz.

JAIME VALENZUELA MÁRQUEZ

ANTON PAZOS Y DIEGO PICARDO, *El Concilio Plenario de América Latina*, Vervet. Iberoamérica. Madrid 2002.

Muchas obras se han escrito sobre este acontecimiento trascendental para la vida de la Iglesia en Hispanoamérica.

La que comentamos se basa fundamentalmente en fuentes vaticanas: Archivo de la Congregación de Affari Ecclesiastici Straordinari y de Nunciaturas del Archivo Secreto, como en una enorme bibliografía afín.

Una síntesis sobre dicho Concilio, hecha por el padre E. Cárdenas, en *Manual de Historia de la Iglesia*, tomo décimo, páginas 465-552, Editorial Herder, Barcelona 1987, no deja del todo bien parado dicho Concilio, ya que lo ve más preocupado por el equilibrio de poderes Iglesia-Estado en un mundo liberal; preocupado por lo canónico más que lo pastoral; el sitio social de la Iglesia, correspondiente a lo que sería una teología de la conservación del poder eclesial.

Poco o nada, afirma Cárdenas, se dijo de la evangelización de los negros, ni de la religiosidad popular. Tampoco es el Concilio de la escasez de sacerdotes.

Sí ve Cárdenas el gran valor del Concilio, en que retoma la idea de la colegialidad hispanoamericana, expresada en los concilios limenses y mexicanos y en los Sínodos diocesanos.

Justifica Cárdenas la preocupación del catolicismo asediado por el liberalismo y ve positivamente la unión con el Papa, impedida durante el régimen colonial.

Fidel Araneda, en su *Historia de la Iglesia en Chile*, Edit. Paulinas, Stgo. 1986, solo menciona al Concilio y pone de relieve la acción del Arzobispo Mariano Casanova, adalid de su convocatoria y primer presidente de sus sesiones.

El libro que reseñamos consta de cuatro capítulos y más de 25 páginas de anexos documentales.

El cap. 1º, dividido en 7 párrafos, se inicia con un análisis de la Iglesia a fines del s. XIX en América Latina. Donde se toma el pulso a la organización territorial, tan amplia entonces, la vida religiosa dispareja del pueblo fiel, la vida del clero, en la que se notan falencias formativas, carencia de disciplina y amplios sectores de decadencia moral, no obstante la labor evangelizadora que se mantenía.

Se estudia el anticlericalismo liberal como las reacciones ultramontanas, además del avance del protestantismo como de la masonería, que amenazaba la hegemonía católica multiseccular.

La acción doctrinaria romana tendiente a la centralización y los esfuerzos afines de León XIII quedan claros con la acción de las dos Nunciaturas (Brasil y Colombia) y las Delegaciones Apostólicas del resto de América, con la excepción de México, donde había un visitador Apostólico 1896-1899.

Se mencionan los conflictos de los gobiernos con la Santa Sede por causa del liberalismo político.

Interesa sobremanera la visión que la S.S. tenía de A. Latina dado en un informe de la Congregación de A.A.E.E. Extraordinarios de 942 páginas y 103 documentos donde se dice: a) América Latina es el único continente católico. b) Carencia de clero, el que hay es escaso e ignorante. c) Requiere fortalecer y unificar a la jerarquía para mejorar al clero y organizar laicos.

Aparece así un continente preocupante por causa del abuso del Patronato (tolerado nada más), y el nacionalismo, los problemas de la libertad de enseñanza, las migraciones europeas con matrimonios mixtos, que ponen en peligro la fe católica pura.

La masonería y la legislación anticatólica presentaban graves problemas.

Se postula tener religiosos píos, y evangelizadores, sobre todo Seminarios, como de conventos, donde la vida religiosa sea seria.

Unidad de Iglesia, Seminarios, Clero, Acción cultural antiliberales, eran las líneas de fuerza a tratar, según la opinión vaticana.

En el Capítulo 2° trata la preparación del Concilio Plenario de A. Latina

Se inician los preparativos 11 años antes de iniciarse la asamblea, ya se habían celebrado concilios, tanto en Europa como en Norte América, iniciándose en 1850.

Se pasa revista en 11 párrafos que relatan: la génesis del Concilio iniciado por el Arzobispo de Santiago Mariano Casanova, en carta dirigida a León XIII, 26-10 oct-1885, donde presentó la idea.

Se prepara así un documento a estudiar por los cardenales. La carta del Arz. chileno señalaba tanto las dificultades como los peligros por los que pasaba la Iglesia en América Latina.

Discutida la propuesta, y aceptada, se envía carta al arzobispado para que conversen con sus sufragados acerca de la oportunidad de realizar el Concilio.

Rafael Fernández Concha es encargado de redactar un documento de tipo canónico en XIII títulos, que consiguió aprobación y aplauso.

En la congregación de cardenales, del 11 de junio 1894, se ven dos posturas: una de Venutelli, más conservadora, y la de Rampolla, más renovadora, respecto de los que debía ser el Concilio.

Se crea una comisión de 3 cardenales: Rampolla, Venutelli y Di Pietro, para organizar el Concilio.

Destacan Vives y Tutó, futuro cardenal, y Fray José de Calasanz.

Se hace un 2° esquema, del que se reciben aportes de los obispos de América Latina.

Continúan las reuniones y finalmente León XIII, con *Cum Diaturnum* 7-I-1899, convocó el concilio el 28 -V- del año siguiente.

Ello hizo que algunos episcopados se reuniesen en sus países, antes de venir a Roma.

La sede del Concilio fue el colegio Pío Latino y participan 53 obispos.

La actividad conciliar se desarrolló en 9 sesiones solemnes y 29 congregaciones generales en 43 días, desde el domingo 28 de mayo al 9 de julio.

En las congregaciones generales se discutían lo que serán decretos, teniendo como base el esquema presentado a los obispos.

En las sesiones solemnes se aprobaba lo actuado en las reuniones anteriores

Presidió la 1ª Sesión Solemne el cardenal Di Pietro, y su discurso se centró en señalar que la obra del Concilio era para la gloria de Dios y bien de la Iglesia, y aumento de la fidelidad.

Mariano Casanova fue el presidente efectivo.

La 2ª congregación general trató del reglamento del Concilio.

Todas las materias de la acción pastoral de estudian, como también las dificultades que origina el liberalismo, masonería y abusos gubernamentales. También el Culto Divino y los Sacramentos, y la disciplina del clero y la cuestión social.

El 10 de julio, León XIII recibía a todos los participantes en el Concilio.

Se pudo palpar la preocupación pastoral de la Iglesia por América Latina.

Los obispos se conocieron entre sí y la unión con el Papa quedó reafirmada.

Este Concilio fue la primera tentativa de integrar la Iglesia del continente y el punto de partida de una pastoral adulta de la Iglesia.

EN EL CAPÍTULO 4°

Aquí se analiza su recepción en América, y se ve claro además que la finalidad principal del Concilio habrá sido la formación de un buen clero.

A continuación se enumeran reseñados sus notas a las 21 más destacados participantes del concilio, señalándose a los chilenos Arzobispo Mariano Casanova (1833-1908) y a Rafael Fernández Concha (1833-1912).

El libro termina con un anexo documental de 13 documentos traducidos del latín.

En síntesis, el libro hecho en base a las numerosas fuentes vaticanas y con la más selecta y moderna bibliografía, muestra la extraordinaria acción de la Iglesia Latinoamericana, bajo la dirección de Roma, que restauró en gran parte la vida católica del pueblo fiel, restableció la disciplina eclesiástica y mostró la preocupación general de los obispos por América por todo el continente.

Obra erudita, aunque de fácil lectura, es un auténtico aporte en el conocimiento de esa forma de colegialidad que fue el Concilio Plenario de Roma 1899.

Se envió una carta sinodal al clero y pueblo de América Latina, explicando la acción eclesial.

Sus títulos del Concilio Plenario son los siguientes: I. Fe e Iglesia. II. Impedimentos y peligros para la fe. III-IV-V-VI. Personas eclesiásticas, clero y culto. VII. VIII. Formación del sacerdote. IX. Educación. X. Ministerio de la predicación. XI. Del celo por el bien de las almas. XII. Beneficios eclesiásticos y sobre el derecho que tiene la Iglesia a poseer.

Esta obra llegaba a un continente incomunicado, que a la sazón tenía solo 20 sedes metropolitanas y 93 diócesis en un área de 21 millones de km² y 60 millones de habitantes, de entre los cuales 2 millones eran chilenos.

PBRO. LUIS EUGENIO SILVA CUEVAS

GONZALO VIAL, *Pinochet. La Biografía*. Santiago, El Mercurio / Aguilar, 2002, 2 tomos, 759 págs. ISBN: 956-239-234-1.

En la biografía, al igual que en el discurso histórico, se presenta un problema estético, científico y ético. André Maurois, el gran biógrafo francés, en *Aspectos de una biografía* ha planteado la cuestión del conocimiento de sus métodos y el saber en qué radica su valor. Para él, puede darse una convergencia entre dos aspectos de la biografía: que sea verdadera, vale decir, documentada, científica, y, al mismo tiempo, que sea una obra de arte. Ambos aspectos son un verdadero desafío para el historiador que debe usar todo el aparataje documental a riesgo que la personalidad estudiada quede oscurecida por los mismos documentos que le sirven de fuente. El propio Maurois ha señalado que: “la búsqueda de la verdad es obra del sabio; la de la expresión de una personalidad es más bien obra del artista”. Es decir, un buen trabajo histórico es bello si nos aparta del caos deslilvanado de sucesos y nos facilita la comprensión profunda, ordenada y en-

tendible de lo ocurrido. “A la paciencia del documentalista escrupuloso debe sumarse el arte de la presentación”¹.

Con este marco introductorio, nos preguntamos ¿cómo pasará Pinochet a la historia? Una de las tantas sugerencias que provoca la lectura del libro *Pinochet. La Biografía*, del historiador Gonzalo Vial C., quien en dos tomos intenta dar cuenta de uno de los hombres más importantes de la historia de Chile. El propio autor se encarga de ubicar al ex Jefe de Estado a la altura de Bernardo O’Higgins, José Miguel Carrera, Diego Portales, José Manuel Balmaceda, Arturo Alessandri, vale decir, entre los grandes reformadores de la República.

Escribir biografías sobre personajes vivos o de reciente repercusión pública es una tarea necesaria e ineludible. Por estos días abundan entrevistas o autobiografías inconclusas: Patricio Aylwin, Andrés Allamand, Sergio Onofre Jarpa, Jaime Gazmuri, Volodia Teitelboim, Sergio Fernández, Gladys Marín, por nombrar algunos de los más importantes. Pero pocas biografías: la de Cristián Gazmuri sobre Eduardo Frei Montalva, la del propio Gonzalo Vial acerca de Jorge Alessandri; algunas –aunque menores– referidas a Salvador Allende. Poco más. En este sentido, es valioso contar con una nueva obra sobre una figura gravitante de la historia de Chile, como es Augusto Pinochet.

Las 759 páginas parecieran ser una extensión más que suficiente para darnos a conocer al personaje en cuestión e intentar responder la pregunta inicial; sin embargo, el resultado no cumple con las expectativas. La falta de método y rigor historiográfico expresada en las escasas y desordenadas notas con que se respaldan las afirmaciones, la no utilización de fuentes directas –intentar hacer una biografía de Pinochet sin consultar, por ejemplo, su hoja de servicios– y el no dar cuenta de la amplia literatura existente sobre el objeto de estudio en cuestión –que no es poco– son problemas que sin duda juegan en contra del libro.

La Biografía, el título pone en alerta al lector. El propio Vial reconoce –honestamente– que se puede explicar por una “insistencia editorial y la vanidad del autor” (p. 9). Sin embargo, hemos de señalar que no es la única que se ha escrito. Ya en 1998, el profesor Julio Miranda Espinoza, bajo la dirección de los BGL Javier Urbina Paredes y Roberto Arancibia Clavel, nos entregaron una biografía que, sin ser autocalificada como tal, sino que titulada *Alma de Soldado*, en 196 páginas es el relato de la vida del hombre militar, con sus penas y alegrías, con sus éxitos y fracasos y con todo el dinamismo que encierran las vicisitudes de la carrera militar. Su vida, desde la infancia y adolescencia, pasando por los diferentes grados militares hasta asumir la Comandancia en Jefe del Ejército en agosto de 1973. Trabajo que, a diferencia de *La Biografía* que comentamos, se respalda en las fuentes directas para construir el relato: Boletines Oficiales del Ejército, Planes de Instrucción de la Escuela Militar de los años 1943-1944, diarios tales como *El Tarapacá* de Iquique y *La Gaceta* de Arica; Oficios de las Comisiones de Servicio al extranjero, Directivas de

¹ Estas consideraciones las debo a Alejandra Eyzaguirre, a quien agradezco la gentileza de facilitarme su manuscrito *La biografía*. Santiago, Universidad de los Andes, 2001/2002. Trabajo inédito patrocinado por FONDECYT, cuyo proyecto lleva por título: “Narración: ficción, historia y moral. Influjo recíproco de lo ficticio y lo histórico en lo narrativo”.

instrucción del Ejército, Documentos administrativos de la Escuela Militar, El álbum de recuerdos. *El Alcázar*, Libros y revisión de instrucción, libro de vida de Oficiales, entrevistas y un largo etc.².

La de Vial no es la primera ni la única biografía. Tampoco entrega antecedentes nuevos sobre el “biografiado”. Utiliza como fuente directa principal las memorias del propio general Pinochet, *Camino Recorrido*, dándole demasiada credibilidad sin mayor confrontación; en tanto que el resto del relato se construye –fundamentalmente– en base a los libros de Raquel Correa y Elizabeth Subercaseaux, *Ego Sum Pinochet*, y María Eugenia Oyarzún, *Augusto Pinochet, diálogos con su historia y Augusto Pinochet, una visión del hombre*³.

El relato se inicia con los “ancestros, familia y primeros años”, desde Francia hasta Valparaíso, pasando por el Maule, ya que hay un par de planas dedicadas a Guillaume Pinochet, el francés fundador, bretón, que al igual que otros se acercó en Penco, Concepción, a comienzos del siglo XVIII. Liviano resulta el intento de asimilar las características del huaso maulino al futuro general (p. 22), traspasándole algunas características tales como la astucia, orgullo, sobriedad, lealtad, arbitrariedad, violencia, religiosidad y superstición, etc. (p. 16), todo basado solo en conjeturas, como el propio autor advierte (p. 20).

A continuación nos encontramos con el relato en 69 páginas (pp. 39 a 108) de la carrera militar, desde alumno en la Escuela Militar hasta alcanzar el grado de General. En cinco líneas se mencionan algunas destinaciones hasta 1948, para a continuación decirnos: “Sería interesante, pero demasiado prolijo, detallar esta peregrinación...” (p. 44).

Vial intenta mostrarnos un Pinochet “segundón” y sin una inteligencia que brille. La elección del arma de infantería, por ejemplo es presentada casi por descarte: mal jinete –además no está de moda– y la artillería exige dotes de matemáticas... por tanto... infantería. La sentencia tiene bastante de peyorativo, aunque, sin embargo, destaca su interés por leer y escribir, anotando en libretas ad hoc “prolijas notas de sus actividades y reflexiones diarias” (p. 54). Ciertamente estas notas –creo– no fueron consultadas por Vial y –de existir– habría ahí una fuente fundamental para entender al personaje.

La personalidad del biografiado aparece cuando se habla del capitán Pinochet (1946): “un padre y marido amante, que vela por la salud y bienestar de doña Lucía y los niños” (p. 50). No tenemos por qué dudar de una afirmación como esta, pero nos gustaría saber cuál fue su fuente al respecto. Lo mismo es válido para sus sentencias en torno a la singularidad de su religión (pp. 44; 55-56).

² Javier Urbina y Roberto Arancibia (Dirección general). *Alma de soldado* Santiago, Biblioteca Militar, 1998. La investigación estuvo a cargo de Julio Miranda y contó con la colaboración de Hernán Ulloa, Ricardo Solís y Fernando Jerez. Se equivocaría quien –prejuiciado a priori– crea que este libro es una “loa” a su Comandante en Jefe y que carece de todo rigor historiográfico, por el contrario.

³ Muy distinto es el caso, por ejemplo, de la biografía que escribió Cristián Gazmuri, *Eduardo Frei y su época*. Santiago, Aguilar, 2000, 2 tomos, quien partiendo del conocimiento de una amplia literatura sobre Frei y consultando las fuentes directas, aporta importantes elementos sobre el personaje. Lo mismo ocurre con el trabajo de otro historiador, Gonzalo Rojas, quien en *Chile escoge la libertad*. Santiago, Zig-Zag, 1998/2000, 2 tomos, entrega una historia centrada, como indica su subtítulo, en *La presidencia de Augusto Pinochet Ugarte*.

Dudoso es el relato –más allá del recurso literario simpático– cuando se usan “leyendas” para fundamentar algunas acciones, como por ejemplo, refiriéndose a las relaciones de Lucía Pinochet con la Democracia Cristiana en su condición de secretaria de Belisario Velasco, donde señala que cuando el General la iba a visitar “ocasionalmente, *cuenta la leyenda*, el futuro Capitán General atendía el teléfono por Lucía...” (p. 111); más allá de lo anecdótico, esperemos que las leyendas no sean las fuentes principales ni mucho menos el “*correo de las brujas*” (p. 140)⁴. Aunque quizás esto puede llevar a otra consideración.

Esta obra, junto con su relato historiográfico, aporta el testimonio de un actor del período (Gonzalo Vial), un intelectual, generador de opinión e incluso, aunque por breve tiempo, ex ministro de Estado del gobierno militar, de tal forma que –tal vez– muchos de sus comentarios debemos considerarlos como el relato de recuerdos, por tanto como fuente en sí mismas. Cuestión que hace más importante aún fundamentar las afirmaciones.

La historia más reciente se inicia con la Unidad Popular en el capítulo cuarto (p. 129 y ss). La descripción se centra en la relación de Pinochet con Prats, Allende y la preparación del golpe –que por cierto, tal como señala Vial, fue encabezada por la Armada–. A partir de este momento el general Pinochet desaparece como biografado y con el capítulo quinto comienza una buena crónica de la historia reciente de Chile desde las postrimerías del gobierno de la UP y el gobierno militar. Se entrega una interesante interpretación acerca del famoso plebiscito al cual supuestamente convocaría Allende, aunque el relato no queda sino en una mera opinión por la falta de fundamentación. A partir de 1973 el gobierno militar y su labor se confundirán con la vida misma de Pinochet. Largos e interesantes relatos sobre los primeros días del gobierno militar, la puesta en marcha del plan de recuperación económica, el plan Chacarillas, la consulta de 1978, la expulsión del general Leigh de la Junta, la casi guerra con Argentina, los viajes, las resoluciones de la ONU, etc. Están casi todos los temas relevantes, pero en el capítulo dedicado a 1978, “Annus Horribilis”, no se menciona la amnistía⁵; aunque sin duda –y esto Vial lo conoce bien– es el relato de las relaciones Pinochet, Manuel Contreras y la DINA lo mejor logrado. Le enrostra al ex Jefe de Estado la responsabilidad política de la violencia –interesante tesis desarrollada por Vial desde hace tiempo– aplicada por el organismo de seguridad y le faltan sinónimos para condenar las violaciones a los derechos humanos. Cuestión que por lo demás el propio autor valientemente siempre ha hecho, desde su época en revista *Qué Pasa*, lo cual le ganó la odiosidad del ex Jefe de Seguridad, así que mal podría alguien pensar que es un intento por levantar la voz o hacer un acto de descargo de conciencia por no haberlo señalado cuando él mismo fue parte del gobierno, aunque una vez más falta el respaldo de las fuentes, como por ejemplo cuando afirma que el General se reunía diariamente con Contreras a tomar desayuno (pp. 226 y ss).

⁴ Las cursivas son más.

⁵ Solo se hace referencia recién en la p. 383 del tomo II (dos líneas).

El tomo segundo se inicia con “La nueva Constitución”, “Le hemos perdido el miedo a los civiles”. El relato continúa su cauce, aunque sorprenden algunas generalizaciones, como presentar al empresariado –casi sin distinguir– como “inmovilista” (pp. 365-366); y no aclarar que la alianza nacionalista-gremialista que produjo la *Declaración de Principios* de 1974 luego se rompe, denominándose a los primeros los “duros” y a los segundos los “blandos”. Tampoco se destaca el *Principio de Subsidiariedad* presente en este documento fundacional y centro de la transformación económica y social del país.

Luego vienen otros temas de indudable importancia: el plebiscito⁶, las luchas al interior del gobierno, la oposición, la “Operación Retorno”, el papel de Jorge Alessandri, la crisis de la deuda, el inicio de la apertura política, el año decisivo, la vista de SS. Juan Pablo II a Chile, el control de la subversión⁷, hasta los últimos años del gobierno con recuperación económica y transición democrática con el plebiscito de 1988 y las elecciones de 1989. No nos detendremos en analizar algunas afirmaciones aquí presentadas pues alargaría innecesariamente la reseña y debemos dejar “algo” para que el lector saque sus propias conclusiones⁸.

Sin embargo, sí podemos decir que quienes quieran conocer la historia del régimen militar, una visión “más de derecha” del período 1973-1990, encuentran en este libro una buena alternativa. Algunos se atreverán a calificarla de “objetiva”, pues rescata lo bueno y condena lo malo, como si la objetividad viniera por buscar un consenso que deje a todos contentos; ciertamente no es una biografía objetiva, sino marcada por la subjetividad de Vial, como por lo demás lo son los trabajos historiográficos en general. Una obra que viene a complementar algunos libros de carácter periodístico como el de Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda, *La historia oculta del régimen militar*, Santiago, 1988, y otros estrictamente académicos como el de Pamela Constable y Arturo Valenzuela, *A Nation of Enemies. Chile Under Pinochet*, 1991; Enrique Cañas, *Proceso político en Chile. 1973-1990*, Santiago, 1993; Gonzalo Rojas, *Chile escoge la libertad. La presidencia de Augusto Pinochet*, Santiago, 1998 tomo I y 2000 tomo II; Cristián Gazmuri, *La persistencia de la memoria. Reflexiones de un civil sobre la dictadura*, Santiago, 2000, y Carlos Huneeus, *El régimen de Pinochet*, Santiago, 2000.

Sin embargo, no logra darnos a conocer al personaje biografiado. Ya lo señalamos anteriormente, la historia del gobierno militar se confunde con Pino-

⁶ Con respecto a este tema, y siguiendo “las leyendas”, afirma en la página 423 que “es probable, por las condiciones de celebración del plebiscito, que hubiera fraude, fruto del sobreentusiasmo pinochetista”. La afirmación es grave y carece de fundamentación. Más certero es lo señalado por Gazmuri, quien refiriéndose al episodio señala: “La votación... se hizo nuevamente sin registros electorales... pero al igual que en la consulta de 1978, es muy probable que la opción por el “Sí” realmente recibiera una mayoría de preferencias, aunque fuese posiblemente en un porcentaje menor que el anunciado por el Ministro del Interior”. Gazmuri, *La persistencia*, 106.

⁷ Olvidando hacer referencia a los carabineros asesinados en esos mismos años.

⁸ Por ejemplo, señala que Jaime Guzmán frente al plebiscito que contemplaba la Constitución de 1980, inicialmente se inclinó por una elección con libertad de candidatos (554 y ss) y luego se opone (p. 561). Sabido es que Guzmán desde el inicio se mostró partidario del plebiscito con Pinochet como candidato. Vial no menciona fuente ni argumentos al realizar su afirmación.

chet⁹. No se rescata al hombre que hay detrás del gobernante: no sabemos, por ejemplo, de qué manera afectó su cargo la vida familiar. Algunas entrevistas a sus hijos habrían arrojado luces. Poco o nada se dice de ellos, ni de su esposa Lucía Hiriart, quien aparece solo en relación a su acción social en CEMA. En definitiva, “*La Biografía*” no nos permite conocer al biografado en su complejidad. No debemos olvidar que el biógrafo tiene por objeto al hombre, y la época es secundaria y ha de actuar como trasfondo. De lo contrario sería más conveniente hablar de “Pinochet y su época”.

Los capítulos finales (undécimo y duodécimo), titulados “El Ocaso (1990-1998)” y “El senador vitalicio (1998-2002)”, son los más novedosos y los que cuentan con mayor aparato crítico. Reaparece el “hombre”, ahora no tan deportista como cuando asume el poder; por cierto, el tiempo no ha pasado en vano y aparecen la diabetes y arritmia que lo obliga a implantarse un marcapaso; y el alejamiento del “séquito” de admiradores y seguidores (p. 599). La preocupación por “su gente” (p. 600 y ss); el tema de los detenidos desaparecidos, las relaciones civiles-militares¹⁰, la comandancia en Jefe del Ejército, nuevamente los viajes y la “modernización” de la institución. El cambio de mando, la jura en el Senado y finalmente la detención en Londres hasta su regreso. Sin duda, los mejores capítulos del libro. Aparecen fuentes, diarios, archivos, libros que respaldan las afirmaciones.

¿Cómo pasará Pinochet a la historia? El epílogo titulado “Balance de invierno (2002)”, responde acertadamente la pregunta. Pero antes, una rectificación en pro de la “verdad histórica”. Se afirma que, vuelto a la religión, ha sido el “capellán de Ejército Héctor Quinteros quien lo viene atendiendo desde Londres” (p. 732). Esto no es efectivo. Desde la Navidad de 1998 ha sido el capellán Iván Wells a quien le ha correspondido “atender” al general retirado. Constantes viajes hacia Virginia Waters hasta el regreso del general el 3 de marzo de 2000, siguiendo con visitas frecuentes –casi semanales– a su residencia privada, que se prolongan hasta la redacción de esta reseña¹¹.

Vial se pregunta: “¿Corresponde... inscribir a Augusto Pinochet Ugarte entre los grandes reformadores de la República?”. Ciertamente, concordamos con el

⁹ Aunque, como afirma Gonzalo Rojas: “Augusto Pinochet es por sobre todo ante la mirada histórica, *Presidente*, y toda su acción es directiva, gubernamental, de mando supremo de la nación... Pinochet ha sido durante todos estos años (1973-1990) el eje de los sucesos nacionales y, en particular, lo ha sido en cuanto Presidente”. Rojas, *Chile escoge la libertad*, 9.

¹⁰ En el caso de los denominados “pinocheques”, con mesura hay que considerar el relato referido a la eventual renuncia de Pinochet y las negociaciones entre el Ministro de Defensa Patricio Rojas y el general Jorge Ballerino. Usar las “memorias” de Andrés Allamand para reconstituir este episodio no constituye precisamente la mejor fuente. Estas son útiles para episodios como el desarrollo de la derecha, el rol de los partidos políticos, y un largo etc. Sin embargo, en este episodio el relato es más bien de un espectador –que está en la tribuna y no en galería si se quiere–, pero espectador al fin y al cabo. Más confiable resulta lo narrado por Edgardo Boeninger en *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad* (Santiago, Ed. Andrés Bello, 1997), 408 y ss; o haber realizado o consultado algunas entrevistas (varias publicadas) a Patricio Rojas, al general Ballerino, quizás Enrique Correa o Enrique Krauss como testigos directos.

¹¹ Debo esta información al Capellán de Ejército Iván Wells. Puede corroborarse consultando la prensa del período.

autor que la respuesta es indiscutible, y por varias razones que son previsibles, (véanse p. 739 y ss): a) Pinochet respaldó un golpe que probablemente no deseaba. Con ello evitó la guerra civil y decenas de miles de muertos y persecuciones más envenenadas y odiosas que las ocurridas, evitando que Chile cayera en el “socialismo real”. b) Sorteó exitosamente dos guerras inminentes con Perú y Argentina; respecto de la segunda, además alcanza una paz definitiva y fecunda. c) Crea una “nueva” institucionalidad, dándole al país una Constitución que está vigente hasta hoy y cuyas normas y plazos permitieron a los civiles recuperar puntualmente –aunque después de un largo período– el poder y la democracia. d) Restaura la plenitud del derecho de propiedad y establece un nuevo esquema económico, cuyos principios son el Estado subsidiario, la asignación de recursos por el mercado, los grandes equilibrios de las finanzas públicas, la libre empresa, la libre competencia, la libertad de precios, la desregulación en general y la apertura al exterior, creando verdaderos “enclaves libertarios”¹². e) Mejora los índices de salud. f) Hace flexible el régimen de trabajo mediante el Plan Laboral y reemplaza el quebrado sistema antiguo de previsión por uno nuevo de ahorro individual (AFP). g) Se inventan e impulsa los “subsidios” para fomentar la vivienda popular. h) Se descentraliza al nivel de las municipalidades la educación básica y media. Se estimula la subvención escolar y se abren las puertas a las universidades privadas. En síntesis, tal como afirma Vial, “el país que habitamos es inimaginable si se le quita la impronta del régimen militar... y de su caudillo” (p. 740)¹³.

Por tanto, hemos de concluir que Pinochet pasará a la historia: a) Siendo considerado, tal como sucede hoy en Europa, como un dictador en cuyo gobierno se violaron los derechos humanos, asignándole la responsabilidad política que recae en los gobernantes. b) Será considerado como el militar que liberó a Chile de la dictadura marxista en un momento en que dicha ideología parecía irreversible. c) Se recordará por la institucionalidad creada y el ordenamiento económico, social y político que permitió a Chile iniciar la senda del desarrollo.

La excusa inicial de Vial, quien dice “he procurado superar, al escribir, las pasiones propias y ajenas relativas a Pinochet...” (p. 9), es irrelevante. Todo historiador tiene pleno derecho a tener y dar su opinión, hay que olvidarse de la búsqueda de “falsa” objetividad, de las consignas: “¡hechos, solo hechos!”; tampoco debemos aceptar la máxima que el tiempo histórico es sinónimo de objetividad. “¿En qué año acaba la historia? ¿A partir de qué fecha debe enmudecer el historiador?”¹⁴. ¿Cuál es la perspectiva histórica *suficiente* y su alcance cronológico proporcionado? ¿Puede el historiador escribir la historia de su tiempo? E. Labrousse

¹² La idea de “enclaves libertarios” es del historiador Alejandro San Francisco quien la ha desarrollado en oposición a la de “enclaves autoritarios”. Agradezco su gentileza por facilitarme el borrador de su trabajo titulado “Los enclaves libertarios del Gobierno Militar en Chile, 1973-1990” (Oxford, noviembre de 2002).

¹³ Tema que ha tratado Alejandro San Francisco en “Chile y el fin de la historia”, *Bicentenario. Revista de historia de Chile y América*, Santiago, vol. 1, N° 1, 2002, 5-51.

¹⁴ Fernando García de Cortázar y José María Lorenzo “El mundo actual”, en Pedro Rodríguez (*et al.*). *La enseñanza de la historia: Estado de la cuestión* (Málaga, Ágora, 1992), 163.

confiesa que no existe alternativa: *si la historia no la escriben los historiadores, será escrita contra la historia misma*. La objetividad viene dada en la honestidad intelectual, en la búsqueda de la verdad, el reconocer hidalgamente que hay cuestiones que pueden cambiar si así lo indica un documento, ahí esta lo central, en las fuentes. Objetividad no es quedar a bien con esta o aquella postura, mucho menos plantear el equilibrio. Sobre todo si de lo que se trata es escribir la “historia del presente” o “historia vivida”, cuestión que indica una relación de simultaneidad entre el hecho vivido y el narrado, pero que a veces no significa absoluta coincidencia temporal entre unos hechos, su descripción y explicación histórica¹⁵.

Con “*La Biografía*”, ciertamente estamos frente a un trabajo de historia, que no trata del pasado remoto, sino del presente, de lo que está vivo e inconcluso. Es cierto que el historiador siempre deberá extremar precauciones y expresarse, a menudo, mediante interrogantes todavía sin resolver, “pero ello, lejos de intimidar su trabajo significará un desafío para la capacidad de análisis y de elección que, por fuerza, realiza siempre cualquier historiografía”¹⁶. En la crónica del presente, hay abundantes interpretaciones que se avanza o se deducen en espera de una mayor facilidad para consultar las fuentes y vencer el hermetismo del archivo. Se trata de un relato abierto con múltiples variantes y encaminado a una constante renovación. Algo de lo que tampoco están libres otros períodos históricos.

En el libro de Vial tenemos que valorar la proximidad del autor a los hechos, pero eso, lejos de criticarlo, tenemos que valorarlo al momento de hacer la lectura, de tomar lo aquí señalado como información para futuras investigaciones. Lo decíamos al comienzo, esta no es la primera biografía, aunque por cierto es uno de los puntos de partida¹⁷, tal como lo fue en su momento el libro de Ascanio Cavallo, *La Historia oculta del régimen militar*; por tanto una vez más hemos de preguntarnos: ¿cómo pasará a la historia este libro de Vial?, ¿cómo influirá en lo que en el futuro se diga?

Para ser neutral no es preciso estar a bien con todo, sino agudizar su sentido crítico y, si es necesario, distanciarse por igual del centro, la derecha o la izquierda¹⁸. Por supuesto que nadie puede escribir la historia del presente como escribiría la de otro período, aunque solo sea porque nadie puede escribir sobre su propio período vital como puede (y debe) hacerlo sobre cualquier otro que conoce desde fuera, ya sea a partir de fuentes del período o de los trabajos de historiadores

¹⁵ Véase Julio Aróstegui, “Sociología e historiografía en el análisis del cambio social reciente”, en: *Historia Contemporánea*, N°4, 159.

¹⁶ García de Cortázar y Lorenzo, “El mundo actual”, 164.

¹⁷ Pese a que el propio autor no lo reconoce así. Ha dicho que su trabajo “ordena” los acontecimientos, cuestión que es cierta, y las biografías que vengan comenzarán a contestar algunas de sus interrogantes: “¿Participó Pinochet en la gestación del golpe? ¿Evitó la guerra civil que todos los demás chilenos querían? ¿Sabía de los abusos en derechos humanos?” Agrega: “No es cuestión mía, sino de los temas que están en el libro. Son los grandes temas asociados a Pinochet”, “Vial, el biógrafo”. Entrevista en *Capital*, Santiago, N° 96 (8 al 21 de noviembre de 2002), 71.

¹⁸ Sobre el decálogo del historiador vivo y subversivo, véase: Departamento de Historia Contemporánea. Universidad de Deusto. *La historia subversiva. Una propuesta para la irrupción de la historia en el presente*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1990.

posteriores. Recordando a Hobsbawm: “Mi vida coincide con la mayor parte de la época que se estudia en este libro, y durante la mayor parte de ella, desde mis primeros años de adolescencia hasta el presente, he tenido conciencia de los asuntos públicos, es decir, he acumulado puntos de vista y prejuicios en mi condición de contemporáneo más que de estudioso”¹⁹.

ÁNGEL SOTO GAMBOA

SERGIO VILLALOBOS R. Chile y Perú. *La historia que nos une y nos separa. 1533-1883*. Editorial Universitaria. Santiago. 2002. 279 págs.

Sergio Villalobos, desde la adolescencia, según leemos en el prólogo, se sintió convocado por este tema, y ahora ha querido presentarnos una interpretación acerca de lo que une y separa a estas dos naciones, y que se aleje de las mistificaciones con que esta historia ha sido abordada en ambas repúblicas. Sin duda, una tarea más que difícil, puesto que hasta las fuentes pueden aparecer, en ocasiones, alejadas de una mínima objetividad.

Esta obra se compone de dieciséis capítulos, además de un prólogo y una cronología. Es ambiciosa porque busca desentrañar este reto, en menos de trescientas páginas, desde la llegada de los conquistadores españoles a Perú y luego a Chile, en el siglo dieciséis, hasta el año 1883.

El capítulo referente a la primera etapa constituye una brevísima mirada a lo que fueron las relaciones entre el virreinato de Perú y la capitánía general de Chile. El primero disfrutaba de las riquezas que recibía del *cerro* de Potosí, de sus abundantes recursos naturales y de los privilegios que le concedió la monarquía hispana, los mismos que comenzó a perder en el siglo dieciocho. Y el segundo, rico en trigo, al extremo de considerársele como el granero del virreinato, fue en general pobre y dependiente del primero, sujeto al *real situado* que le enviaba para sostener las fuerzas que lo defendían de los aborígenes, piratas y corsarios europeos, que pretendían minar la presencia española en el sector austral del continente.

Esta relación fue creando en Chile una actitud difícil, mezcla de resentimiento y de inferioridad. Según el tradicionalista Ricardo Palma, mientras los mulatos en Perú lucían medias de seda, los chilenos andaban de ojotas y los argentinos a pata pelada.

Al soplar los aires de libertad inspirados por la independencia de Estados Unidos, la Revolución Francesa y los triunfos de Napoleón en la Península Ibérica, hubo patriotas en distintos puntos de Hispanoamérica que sintieron el llamado de la emancipación.

Chile, tan pronto empezó a romper sus lazos con la Metrópoli, gracias al inestimable concurso del general argentino San Martín, O’Higgins –junto con él– com-

¹⁹ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 1997, 7.

prendió que la autonomía de la antigua capitanía e incluso la de Argentina, estarían en permanente zozobra mientras subsistiera el poderoso virrey español en Lima.

Como señala este autor, aquí se inician las contradicciones. Para la historiografía chilena, la independencia peruana es obra de la Primera Escuadra Nacional, que creó O'Higgins con el esfuerzo de todos sus compatriotas, la que colocó al mando del marino escocés Lord Cochrane y comandada por San Martín, como militar chileno. En cambio, los historiadores peruanos la entienden en función del general argentino, que al desembarcar en Paracas asumió el título de Protector de la independencia peruana. Ahí nace una preferencia por la república del Plata, que la diplomacia de esta última ha sabido manejar y dosificar con no poca sabiduría, aunque evitando sí asumir posiciones de riesgo.

Entre los peruanos, esta devoción por San Martín ha llegado a que expresen poco interés por sus propios patriotas. Sin desconocer la rebelión de Tupac Amaru, que tuvo escasa acogida entre los criollos, no se puede olvidar –como señala Villalobos– a Vizcardo Guzmán, Toribio Rodríguez de Mendoza, Francisco Antonio de Zela y tantos otros que reclamaron la independencia de la Metrópoli, y no aparecen con el realce que debieran, en los textos ni en el recuerdo.

Pesaba tanto la influencia de España, que de no mediar la escuadra que zarpó de Valparaíso, pudo diferirse la emancipación peruana y chilena. La insurgencia afectaba los intereses materiales de más de un centenar de adinerados condes y marqueses que optaban por apoyar el poder real, antes que cobijarse bajo el alero de una incierta república que, entre sus fuentes de inspiración, se hallaba la Revolución Francesa.

Mas la independencia no borró los recelos y antagonismos de antaño, conforme anota el historiador.

La creación de una nueva entidad política –la Confederación Perú-boliviana– a instancias del general Andrés de Santa Cruz, dioles un vuelo inusitado. Aunque existieron peruanos –como Felipe Pardo y Aliaga– que desafiaron esta construcción, los hubo también que la apoyaron, mientras se exhibió victoriosa. A juicio de Villalobos, el proyecto de aquel general buscó confederar a esas dos repúblicas, que estuvieron unidas durante una parte del dominio español. Sin embargo, una vez consolidada dicha entente, su ambición y su presunto parentesco con los incas le podrían haber llevado más lejos, desde luego a Chile.

Actualmente existe una corriente de opinión en Perú que lamenta el fracaso del proyecto confederal, cuya derrota atribuyen a nuestra patria y, en particular, a Diego Portales. Mas –como indica Villalobos– tal proyecto no pasó de ser “una elucubración”, porque contenía muchos elementos artificiales. El gran error de Portales –dice el historiador– fue luchar contra una entidad que se desmoronaría sola. No compartimos este juicio, porque en Chile la obra del Ministro y sus colaboradores no estaba aún bien plasmada. Existían individualidades desplazadas del poder, pipiolos desubicados, que sin una orientación clara y sólida podrían haberse sumado a esta aventura, en mayor número de lo que lo hicieron, y, en todo caso, habrían postergado lo que muchos historiadores llaman el Estado *en forma*.

En la guerra con España, en 1865, encontramos acaso el primer elemento que nos une, según el título del libro en comento. La ocupación por una flota española de las islas Chincha, pertenecientes a Perú y ricas en guano, desató una ola de solidaridad

con la república agredida y vieron en aquella el retorno de la Madre Patria. En Chile, el *establishment* liberal estuvo, entre los primeros, que exteriorizó su solidaridad con la nación hermana, tal vez con más entusiasmo que muchos peruanos. Por algo, Domingo Santa María –en misión en el Rímac– se refirió a Lima como una corte, porque existían alrededor de cien familias que preferían la monarquía a la república.

El desenlace de este conflicto que debió vincularnos, concluyó separándonos. En circunstancias de que la guerra estaba prácticamente terminada y en momentos en que su flota era casi inexistente, Chile logró retirar de los astilleros británicos las corbetas *O'Higgins* y *Chacabuco*, que solo podían salir de ellos tras un acuerdo con España. Sin embargo, el encargado de negocios peruano protestó por este, ya que debilitaría a las dos repúblicas frente al ahora hipotético adversario. Además –y esto sí que es grave–, señaló que tales corbetas entrañaban una amenaza para la seguridad de su patria, por parte de su aliado. Esta última afirmación, totalmente infundada, se encargó de deshacerla, tiempo después, el propio Ministro peruano en Santiago, Ignacio Noboa, en una comunicación a su gobierno, que encontramos en el Archivo Nacional de Santiago, y que Villalobos reproduce. Allí revela la fortaleza de la Armada peruana, aún después de la llegada de los blindados.

Según se narra en esta obra, los más dramáticos desacuerdos surgen a partir de la presidencia de Manuel Pardo, el primer civil que en Perú accede democráticamente a ella.

Este gobernante recibe el erario en bancarrota. El guano que principalmente lo financiaba, tanto interna como externamente, estaba en proceso de extinción. El salitre comenzaba a hacerse conocido, como el fertilizante que reviviría los cansados suelos europeos, y amenazaba desplazar al primero. El guano estaba entregado a concesionarios que pagaban al Estado una prima, que ayudaba a nutrir el presupuesto fiscal y atender en lo posible la deuda externa. El segundo era explotado por grupos privados, la mitad de ellos peruanos y el resto extranjeros (empresarios chilenos poseían una quinta parte, según investigaciones recientes), y su centro financiero se situaba en Valparaíso.

Pardo adoptó medidas para controlar la expansión del salitre y favorecer la recuperación del guano, expresa Villalobos. Pero esta política necesitaba contar con el salitre boliviano, que en su mayor parte se desarrollaba en comunidad con Chile, según el Tratado de 1874. El mandatario creó, pues, el monopolio estatal y obtuvo la cooperación paceña, no así la chilena. De este modo, el proyecto quedaba incompleto.

Perú, en conocimiento de que La Moneda ordenó la construcción del *Cochrane* y del *Blanco Encalada*, dirigió su mirada al pacto de alianza que le propuso Bolivia en 1872, contra toda agresión extraña. Aunque no se la individualizaba, obviamente se refería a Chile.

El 6 de febrero de 1873, con mucha reserva, los plenipotenciarios de Perú y Bolivia suscriben en Lima un Tratado de Alianza Defensiva, con carácter secreto. Según confidencian Pardo y Riva-Agüero al representante brasileño, dicho instrumento busca resguardarse “de las usurpaciones que el gobierno chileno pretende llevar a cabo en el litoral boliviano, con perjuicio del Perú, y en la Patagonia”. De más está recordar que Perú buscó la adhesión del Plata, en dos oportunidades, sin

éxito. Buenos Aires optó por negociar diplomáticamente con Santiago, obtener así lo que pretendía y eludir las incertidumbres de una confrontación bélica.

Villegas afirma que la suscripción de un instrumento de esta índole no guardó relación con el salitre. Sin embargo, dado que tanto Perú como Bolivia se resentían por el incremento de la presencia chilena en Atacama y Tarapacá, territorios ricos en guano, salitre y minerales, es indudable que observaron con suspicacia dicha presencia, al igual que la llegada de los blindados, que desencadenó la suscripción del referido pacto. Pareció entonces inevitable que esta iniciativa cobrase vida.

Mas como el Tratado de Límites de 1874 resolvió el antiguo diferendo chileno-boliviano, el pacto secreto debió perder su importancia. A la diplomacia peruana convino denunciarlo, porque las fronteras de su aliado habían quedado contractualmente definidas. Si lo hubiese hecho, es posible que no se habría visto involucrada, años más tarde, en una guerra con Chile.

Entre las cláusulas del convenio chileno-boliviano, de 1874, se estableció que “las personas, industrias y capitales de chilenos no quedarán sujetos a más contribuciones de cualquier clase que sean a las que al presente existen”.

Cuando dicho pacto secreto se encontraba sumido en el olvido, accedió a la presidencia de Bolivia, mediante un golpe de estado, el general Hilarión Daza. Según se expresa en la obra que comentamos, el canciller peruano Yrigoyen fue uno de los que indujo a Daza a imponer un impuesto de diez centavos a la Compañía de Salitres de Antofagasta, de propiedad chilena. A su vez, el barón d'Avril, ministro francés en Santiago, juzgó que Perú indujo a Bolivia a establecerlo para favorecer a las salitreras peruanas. En cambio para Villalobos una carga tan liviana no “afectaba a la competitividad [de la empresa citada] con el salitre de Perú”. Empero, ya el historiador británico Harold Blakemore consideró que la aplicación de ese tributo tornaba inviiables las operaciones de la empresa chilena, frente a la competencia de los nitratos peruanos.

Desde el punto de vista del Presidente Aníbal Pinto –como lo ha verificado Manuel Ravest Mora– el asunto no radicaba en centavos más o centavos menos. Se trataba del cumplimiento de un acuerdo internacional. Esta vez el problema era de índole pecuniaria; mañana podría ser el límite en el paralelo 24. Entonces, como reflexiona Villalobos, se derrumbaría todo el equilibrio pactado.

La historiografía peruana ha hecho mucho hincapié en que la Guerra del Pacífico fue inducida por capitalistas británicos. Sin embargo, en los archivos de la casa Gibbs, que participaba minoritariamente en la Compañía de Salitres de Antofagasta –la mayoría de sus accionistas eran chilenos–, se lee que en Santiago no existía un ambiente mayormente favorable a ella. Hubo chilenos importantes con grandes intereses en Bolivia. Melchor Concha y Toro, Presidente de la Cámara de Diputados, era un fuerte accionista de la Compañía Huanchaca; Jerónimo Urmeneta, distinguido montt-varista, presidente de la Compañía Corocoro, y el abogado Lorenzo Claro, que residía en La Paz, dueño de un Banco Hipotecario con sede en esa nación. Este instaba a Daza a mantener el impuesto, porque Chile terminaría por aceptarlo. Su equivocación –relata Villalobos– le llevó a huir de Bolivia cuando se enteró del desembarco chileno en Antofagasta.

El panorama era, pues, complejo.

Después que fracasaron las negociaciones del encargado de negocios de Chile en La Paz, Daza envió al Rímac al plenipotenciario Serapio Reyes Ortiz. Llevaba por misión obtener que Perú diera cumplimiento al tratado secreto de alianza a cambio de cederle a esta nación –expone Villalobos– la región salitrera boliviana. Agrega que esta última propuesta ni siquiera fue considerada en Lima.

El general Mariano Ignacio Prado, que regía los destinos peruanos, deseaba evitar la guerra. Ella sorprendía a su patria enfrentando una situación económica muy crítica. Además, fue aliado de Chile durante el conflicto con España y tenía hasta intereses materiales en nuestro país. Sin embargo, la opinión pública se inclinaba claramente en favor de Bolivia y en contra de Chile.

El Presidente Pinto instó al palacio de Pizarro a que enviase un mediador para encontrar una solución que esquivase la guerra. Ello demostró el desconocimiento que tenía el gobernante de La Moneda y la *elite* chilena de la existencia y vigencia del tratado de 1873.

El Presidente Prado acreditó en misión especial en Santiago a José Antonio de Lavalle, un distinguido hombre público con experiencia diplomática, muy relacionado por lazos de amistad y aun de consanguinidad con la clase política de esta capital.

Junto con plantear las bases de un arreglo, Lavalle se declaró ignorante del tratado secreto. Actualmente sabemos que el plenipotenciario lo conocía con toda exactitud, desde mucho antes. Si hubiese comenzado por reconocerlo, es indudable que no habría podido ni siquiera iniciar sus gestiones como mediador.

Desde el momento en que el agente chileno en Lima, Joaquín Godoy, alertó el 1 de marzo de 1879 a La Moneda que el Presidente Prado acababa de darle a conocer aquel acuerdo secreto, la misión de Lavalle fracasó y no le quedó más remedio que regresar, y Chile declarar la guerra a los aliados.

Villalobos alude enseguida, parodiando a Goya, a “los desastres de la guerra”. Aquí la historiografía de ambas repúblicas exhibe sus mayores diferencias de apreciación. Los peruanos aseveran que Chile en su campaña militar violó crudamente el derecho internacional de la época y que practicó un pillaje desenfrenado.

Tan pronto aquella comenzó, el gobierno de Santiago publicó un texto –*El derecho de la guerra según los últimos progresos de la civilización*– al que propuso someterse. Lo que vino a dificultar su tarea fue que las fuerzas armadas chilenas, en muchos casos, se enfrentaron con ataques subrepticios, a cargo de montoneras. Entonces, el Ministro Sotomayor se sintió autorizado para aplicar a esas fuerzas irregulares las más severas medidas de represión. Desde ese momento, dijo, se deberá hacer al enemigo todos los daños posibles, “sin ahorrarse ninguno de los que autorizan las leyes internacionales, hasta hacerlos sentir la necesidad de obtener la paz”.

Uno de los aspectos que despertó mayor preocupación fue la captura de Lima. Terminada la batalla de Miraflores, el alcalde de la ciudad, Rufino Torrico, se presentó ante el general Baquedano y con él acordó la rendición incondicional. Le acompañaron los representantes diplomáticos y navales de Gran Bretaña y Francia.

Lima fue ocupada por un cuerpo especial, al mando del general Cornelio Saave-

dra, en perfecto orden. Al día siguiente, Baquedano ingresó a ella y se estableció en el Palacio de Pizarro.

La historiografía peruana ha puesto mucho énfasis en las presiones de que fue objeto dicho general por parte de los ministros y almirantes de Gran Bretaña y Francia para lograr este resultado. Los peruanos han exaltado la actuación del almirante francés Du Petit Thouars, que habría humillado a los militares chilenos, hasta hacerles aceptar las condiciones que les impuso. Mas Villalobos demuestra, con acopio de antecedentes, que si hubo presión esta se ejerció en contra de Piérola, Presidente *de facto*, que viéndose derrotado huyó a la sierra.

Conquistada la ciudad capital, la preocupación dominante de Chile fue sellar la paz, de acuerdo con las condiciones que dio a conocer, en 1880, a bordo de la corbeta estadounidense *Lackawanna*: cesión de Tarapacá y la retención de Moquegua, Tacna y Arica hasta que se cumpliesen las demás condiciones que allí se estipularon.

La prolongada ocupación de la ciudad de los virreyes y la lucha en la sierra obedecieron a ese propósito. El combate de La Concepción, el 9 y 10 de julio de 1882, constituyó uno de los hechos relevantes de esta nueva campaña. Dice este autor que, más allá de la heroica resistencia de setenta y siete militares chilenos, la acción de estos “quedó marcada por un duro trato” a los nativos. Agrega que muchos de aquellos episodios se justificaron conforme el derecho de la guerra, “pero otros fueron desmanes injustificables”.

Una demostración de que los peruanos se excedieron en culpar a los chilenos por los atropellos que habrían causado, quedó evidenciada en el resultado de los tribunales arbitrales que atendieron los reclamos de ciudadanos extranjeros residentes en Perú, al parecer perjudicados por las fuerzas chilenas. Del total de las reclamaciones, los tribunales solo acogieron el 3.6% de ellas.

Al recordar lo que Villalobos llama la historia que nos une y nos separa, el lector podría quedar con el convencimiento —después de leer esta obra— que lo primero es nulo. De ser así, la unión habría que buscarla en la fe que generalmente compartimos, chilenos y peruanos, en el mismo idioma que practicamos, en los problemas que enfrentamos como naciones en desarrollo y en una simpatía espontánea que surge cuando unos y otros se conocen.

Al término de esta reseña, sorprenden algunas omisiones importantes. Por ejemplo, la suscripción del Tratado de Ancón, que puso fin jurídicamente a la Guerra del Pacífico y que se concertó en 1883, o sea, dentro del período que aparece en el título de la obra. Tampoco, nada se dice de la presidencia provisoria del Dr. Francisco García Calderón ni la del Presidente Miguel Iglesias. Se olvida igualmente la intervención estadounidense, que en vez de acercar la paz, la alejó.

Habría facilitado un mejor aprovechamiento de esta obra, meritoria por tantos conceptos, una detallada bibliografía al término de ella, así como un índice onomástico.

JUAN RICARDO COUYOUMDJIAN, ELIANA ROZAS, JOSEFINA TOCORNAL: *La Hora, 1935-1951, trayectoria de un diario político*. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago 2002, 310 págs.

Los autores emprenden esta historia de un diario, la que si bien esta dividida en tres partes formalmente, de hecho toca dos temas. Uno relacionado con el ambiente político chileno de los años 1935-1952 y otro el estudio del periódico mismo, como órgano de difusión y como empresa.

La primera parte se inicia preocupándose del segundo gobierno de Arturo Alessandri y la actitud del Partido Radical, frente a este. Inicialmente fue de apoyo pero, al poco tiempo, en la medida que el Presidente se fue acercando a sectores de derecha, el radicalismo fue derivando hacia una decidida oposición. En esas circunstancias los radicales (el mayor partido político de Chile, cfr., p. 16) y sus dirigentes, en particular Pedro Aguirre Cerda, se encontraron con que no tenían un diario que reflejase sus posiciones políticas.

En efecto, la prensa santiaguina, que incluía a los principales órganos periodísticos del país, pertenecían a personeros o grupos de derecha, la que ahora estaba en un decidido apoyo al gobierno. Entre estos: *El Mercurio* (de Santiago y Valparaíso) *Las Últimas Noticias* y *La Segunda de las Últimas Noticias*, de circulación vespertina esta última. Todos pertenecientes al familia Edwards y de tendencia liberal-conservadora. *El Diario Ilustrado*, órgano del Partido Conservador y de la Iglesia Católica, entonces muy tradicionalista. *La Nación*, diario que pertenecía al Estado desde su expropiación realizada por el general Ibáñez a su fundador y dueño Eliodoro Yáñez, y que era un periódico que si bien venía en decadencia en la medida que no podía mostrar una postura política objetiva por razones obvias, sí contaba todavía con la colaboración de algunas de las mejores plumas periodísticas del país. Esa empresa era dueña también del vespertino *Los Tiempos*. Quedaba *El Imparcial*, de línea un poco más independiente, pero en ningún caso crítica del régimen.

En la oposición estaba el diario *La Opinión*, de tendencia socialista, pero ningún otro. Existía pues el lugar para un nuevo diario que reflejase la opinión radical, ahora contraria al gobierno. Más todavía cuando el gobierno, que llevaba adelante el duro programa de ajuste económico creado y dirigido por el Ministro de Hacienda Gustavo Ross, iba perdiendo popularidad. El segundo gobierno de Alessandri, que había partido con promesas de cambio social y beneficios para los más pobres, tal como en su primera administración, había ido derivando a una convivencia cercana con la derecha.

Así nació el diario *La Hora* el 24 de mayo de 1935. Venía a llenar un vacío evidente. Pero no por esto su aparición fue bien mirada por el gobierno de Arturo Alessandri que tendría con el diario y sus ejecutivos una tormentosa relación. *La Hora* llegó a ser allanada y sus directivos, tanto en lo periodístico como en lo empresarial, detenidos y relegados. Después se le persiguió y hostilizó de otras formas más indirectas.

No es de extrañar pues que el triunfo del Frente Popular a fines de 1938 significara un considerable alivio para el periódico, el que desde la oposición cerrada pasó a defender al oficialismo. Tanto más cuando Pedro Aguirre Cerda, el nuevo Presidente de la República, era importante accionista y figura decisiva dentro de *La Hora*.

Pero la empresa tenía problemas económicos. Esto está muy bien explicado. No en vano Ricardo Couyoumdjian, un especialista en historia empresarial, es el principal autor del libro que comentamos. Hubo necesidad de mejorar la infraestructura de producción y –ergo– invertir. El problema económico se pudo complicar por la muerte del Presidente Aguirre Cerda; sin embargo, vino a solucionarse –o al menos a posponerse– cuando quien lo sucediera como primer mandatario resultó ser Juan Antonio Ríos, quien también era (directamente o por intermedio de su hijo) uno de los accionistas principales del diario, y le dio su apoyo. En cambio, cuando fue elegido Presidente de Chile Gabriel González Videla, la empresa pareció ir a la crisis. En las primarias del Partido Radical, *La Hora* había apoyado a Alfredo Duhalde, amigo de Ríos, y no a González.

Pero el nuevo Presidente muy pronto se abuenó con el periódico, lo necesitaba. Con todo, las dificultades para el diario subsistieron, pero más que en el ámbito político, en el financiero. La empresa, que había perdido gran parte de su capital, parecía ir a la quiebra. Fue entonces que el Partido Radical se hizo cargo directamente de *La Hora*; sin embargo, el problema financiero no se solucionó. Se contrataron prestamos y se amplió la empresa adquiriendo y vendiendo bienes y prestando servicios a terceros. Pero, vanos esfuerzos, del hoyo no se salía.

Por fin, por encargo del gobierno, se conversó con Germán Picó Cañas para que adquiriera *La Hora*. La solución parecía buena, el diario continuaba siendo un órgano con simpatías hacia el Partido Radical y además se impedía que pasara a ser controlado por la derecha. Picó, en asociación con Raúl Jaras, compraron el diario. Pero insistiendo que con la transacción “el diario ya no era ‘el órgano oficial de un partido político’” (p. 65).

Como diario independiente (al menos de nombre) *La Hora* no logró salir de sus problemas financieros. Una demanda de la Caja de Empleados Públicos y Periodistas por imposiciones impagas, presentada en 1950, vino a empeorar la situación. No hay duda que la precaria realidad económica, que siempre acompañó a *La Hora*, más allá de problemas de falta de avisaje y precio del papel, habla bien a las claras que la administración de la empresa nunca fue muy eficiente.

Se pensó, además, con razón, que a pesar de su insistencia sobre la independencia que lo caracterizaba, *La Hora* seguía siendo considerado un diario radical y ese partido iba en una debilitación progresiva, de allí que la venta también tendiera a declinar. Entonces se ideó una solución audaz con implicancias hasta el presente. Se sacó otro diario que paso a llamarse *La Tercera de la Hora*, para que no se confundiera con *La Segunda de las Últimas Noticias* de la cadena *El Mercurio*. Acertadamente se pensó que los vendedores la vocearían como *La Tercera*. Este diario existe hasta el día de hoy, aunque en circunstancias muy diferentes. El nuevo se trataba de un diario ágil, noticioso, verdaderamente independiente y fácil de leer. Su éxito, que al principio no pareció cierto, se fue afirmando hasta el punto que se decidió transformar *La Tercera* en matutino, lo que equivalía a la muerte de *La Hora*, la que lanzó su último número el 7 de julio de 1951. Nunca pudo desprenderse de su cartabón radical y salir de sus endémicos problemas financieros.

Habiendo hecho la historia de la empresa, el libro vuelve a preocuparse de la política nacional. En definitiva se trata de un intento de penetrar en el sentido que

tuvo la presencia del Partido Radical, en condición de mayor agrupación política de Chile, durante el segundo gobierno de Arturo Alessandri y los tres gobiernos radicales que lo sucedieron. El tema ya había sido abordado al comienzo del libro como vimos, pero ahora se hila más fino ya que se ven otros episodios y se entra en detalles. Es efectivo que, en algunos casos, se matiza, en tono diferente, ciertas situaciones relatadas al comienzo (así, por ejemplo *La Hora* que, al comienzo, era un diario “ágil” y claro, se transforma ahora en “combativo”). Es el riesgo que corren los libros con varios autores, sin que sea uno solo el qué de su redacción definitiva. Pero, en este caso, la diferencia de matices pasa casi desapercibida ante la cantidad de nuevo material historiográfico que se agrega. De hecho, sin perder el hilo conductor, que es siempre *La Hora*, de la cual se reproducen numerosos y a veces largos trozos de editoriales y crónicas, hay todo un relato de la gestión del radicalismo a cargo del Estado chileno en los años de la mitad del siglo XX (1939 a 1952).

La inserción de trozos del diario mismo es un método acertado para acercar a los lectores del libro a lo que fue el estilo y la línea del diario, evitando los adjetivos y juicios de valor.

¿Cual es el balance de esta historia del diario y el radicalismo? Notablemente ecuánime, más todavía si se tiene en cuenta que los autores no son precisamente simpatizantes de esa tendencia. Los defectos que caracterizaron el estilo de gestión gubernativa radical quedan de manifiesto indirectamente al relatar como fue administrado el periódico, en lo bueno y en lo malo, pues, en forma indirecta, muestra como era administrado el Estado. Así, aunque no se entrega una interpretación acabada sobre el periodo, lo que tampoco era pertinente en un libro consagrado a la historia de un diario, si se puede concluir con varias opiniones bien fundadas acerca de este.

La última parte del libro son estadísticas sobre la organización interna del diario, es historia empresarial “dura”.

Se agrega una serie de apéndices muy completos, sobre accionistas, balances y diversas mediciones estadísticas. Útiles para quien le interese la historia de *La Hora* en cuanto empresa.

En suma. Un libro interesante porque toca un tema, la historia de la prensa, sobre el que se ha escrito poco y porque trata un período y un actor político, el Partido Radical, que tampoco han sido estudiados a fondo, entregando provechosa información rigurosamente presentada.

CRISTIÁN GAZMURI

SERGIO GONZÁLEZ MIRANDA *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá Andino 1880-1990*, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro Barros Arana, 2002.

Este libro de Sergio González presenta el papel decisivo que le cupo a la escuela pública chilena, y a sus maestros, en la chilenización de lo que hoy se

denomina la Primera Región. Afinando más la noticia, cabe decir que la obra se centra de manera principal en la escolarización del altiplano andino a partir de 1950, esto es, un tercer momento cronológico y geográfico del desarrollo de la escuela básica en dicho escenario, el que siguió a un primer esfuerzo llevado adelante en los campamentos establecidos en las pampas salitreras (1880-1930), y a uno segundo que se concentró en los valles, principalmente entre 1930 y 1950.

La tesis de este libro, ampliamente desarrollada por el autor, sostiene que la escuela básica fue un instrumento privilegiado para chilenizar a la población aymará mediante la introducción de la lengua castellana, la visión de las elites sobre la historia de Chile, y el universo de valores propios de la cultura occidental sobre los que el sistema escolar descansaba. Esta acción, que puede entenderse de manera parcial cuando se visualiza, desde el Estado, al territorio altiplánico como una zona de frontera, y por lo tanto como espacio donde las fuerzas nacionales chocan y buscan imponerse unas a otras, no puede, en cambio, aceptarse –según el autor– cuando este proceso implicó la ignorancia y subvaloración desde una cultura (la chilena) con respecto de la autóctona (aymará). Durante un largo tiempo de ciento diez años, frente a Tarapacá en general y al altiplano, en particular, la dirigencia educacional chilena actuó con total falta de sensibilidad, curiosidad y respeto por quienes, integrados al territorio por la vía de las armas, conformaban y continúan conformando una cultura con su propia cosmovisión.

La tesis anterior, con el riesgo que implica intentar una síntesis de argumentos que son largamente desarrollados, es expuesta en nueve capítulos que, teniendo alguna relación, presentan una independencia entre ellos. Un ejemplo aclarador resulta ser, por ejemplo, el capítulo titulado “Maestros rurales de la provincia de Arica en el contexto de las reformas educacionales de 1965 y 1990”, que se extiende entre las páginas 145 y 168. Esta área que no había sido abordada anteriormente es analizada a través de una serie de preguntas que se hace a los maestros de las escuelas y de un “registro de ex profesores rurales de la provincia de Arica entrevistados”. La metodología de trabajo es diferente en términos generales con aquella más discursiva que se venía utilizando y que tendía al análisis del tema en forma global. Estos cambios en la perspectiva y la metodología hacen que el lector perciba un libro compuesto por capítulos interesantes pero poco conectados entre sí.

Sergio González entiende e interpreta el proceso de llegada y penetración de la escuela pública más que como una característica de la acción del Estado chileno, como una limitación seria de su actuar: “La educación pública ha sido, durante el siglo XX, la agencia estatal organizadora de la hegemonía por antonomasia, y el mundo andino no quedó al margen de esta acción” (p. 22). En efecto, resulta posible percibir todo el proceso como una serie de acciones pensadas y deseadas por un poder central que, sin ninguna inocencia, cometió constantes errores. Cabe preguntarse si en el altiplano, y en Tarapacá en general, el Estado actuó de manera distinta que en el resto del territorio. Parece posible señalar que en estos territorios recién conquistados, los gobiernos de Chile reprodujeron un comportamiento que, con distintos matices, venían observando desde mediados del siglo XIX, esto es, imponer planes de estudio similares, con todos sus contenidos e intenciones explí-

citas e implícitas, a todas las partes del territorio. Tal cosa había sucedido con variadas intenciones de acuerdo a los distintos grupos sociales en el sur de Chile, ya fuese frente a las élites locales, como ante los mapuches, con quienes tampoco hubo consideración cultural de ningún tipo. El Estado chileno tuvo un comportamiento similar en escenarios muy distintos del país. Resulta, por otra parte, difícil pensar que los gobiernos del siglo XIX, y de una buena parte del XX, tuviesen la capacidad y voluntad para haber desarrollado iniciativas distintas de aquellas que les dictaba su intención clara de control sobre todas las zonas del territorio hasta sus más recónditos lugares. Una mayor sensibilidad y respeto masivo frente a la diversidad cultural es un hecho reciente, y a la cual nuestra sociedad ha venido accediendo, no siempre de buenas ganas, por presiones externas y como respuesta a la acción decidida de otras culturas que habitan en el territorio chileno.

Hay dos elementos presentes en la visión que entrega González que quisiera agregar y debatir. El primero de ellos es la relación a la demanda constante de los aymarás al Estado chileno por contar con escuelas y, más aún, su decisión de subsidiarlo en un inicio en el plano de las casas utilizadas para escuelas. El autor señala, entre varios pasajes dedicados al tema, lo siguiente: “La relación del aymará con la sociedad chilena a través de la escuela y la importancia que ellos daban al proceso educativo, se caracterizó por las iniciativas de los campesinos para presionar al Estado a instalar escuelas en sus comunidades: se trataba de la cesión de un terreno y de una vivienda (a veces construida para ese fin específico) de propiedad de la comunidad a la Dirección Provincial de Educación. Esto motivó al Estado a ir destinando maestros normalistas para servir en las escuelas, generalmente unidocentes...” (p. 23). Algo similar volverá a señalar, con más detalle, en la página 89 cuando se refiere a la “Demanda por escuelas públicas” (en el altiplano). El punto es que el autor no puede resolver este problema a lo largo del libro, declarando que “Llama profundamente la atención que fueran los propios campesinos aymarás en Tarapacá, quienes conscientes de que la escuela pública era la puerta para acceder con propiedad a la cultura urbana y, por añadidura, a la sociedad chilena, presionaron por la instalación de estos recintos educacionales, donando terrenos y casas para que ello se hiciera efectivo. El Estado recogió esta demanda ubicando escuelas fiscales en valles altos y en comunidades altoandinas” (p. 94).

Es probable que no haya nada que llame tan profundamente la atención en una situación como esta, salvo que uno plantee la percepción de los procesos históricos de manera binaria. La escuela puede haber representado la satisfacción de anhelos y necesidades de las comunidades sin que ello representase, para estos demandantes, un acto de abandono de tradiciones y una incompatibilidad visible entre su cultura y aquellos aprendizajes y vías de ascenso que representaba la escuela. En estos días, grupos importantes de jóvenes aymarás migran hacia las zonas urbanas para incorporarse a formas de trabajo o producción que no tienen antecedentes dentro de su cultura —el turismo en toda la zona de San Pedro y la atracción que ejerce sobre los pueblos cercanos, o el poderoso imán que representa Calama—. Esta migración no significa una ruptura de la cultura de proveniencia, aunque sí un cambio y la reelaboración de distintos aspectos en nuevos escenarios y bajo nuevas condiciones.

Algo similar a lo anterior está representado en el libro por la definición de los maestros normalistas y el desempeño que tuvieron en la zona. Cabe recomendar de manera especial la lectura de los diversos capítulos en que aparece abordado el tema, especialmente rico por las interesantes y aclaratorias declaraciones e informes de quienes trabajaron y recorrieron la zona. Es cierto que ellos fueron agentes del Estado en cuanto funcionarios del Ministerio de Educación; agentes disciplinados y dedicados a su labor, llegando a ser respetados por los estudiantes y sus padres. Es cierto que ellos fueron quienes llevaron, en la medida que ello les resultaba posible, la tríada de la enseñanza hasta el altiplano: evidentes fueron los logros en la introducción de la lengua castellana y las nociones básicas de la historia de Chile. Varios aspectos de la enseñanza que introdujeron siguen visibles hoy día, como por ejemplo la escasa diferencia entre las celebraciones de las fiestas patrióticas de mediados del siglo XX con las que se puede observar hoy en día para fechas como las del 21 de mayo. Resulta más difícil de medir el impacto de la introducción de los valores de la cultura occidental, especialmente por la dificultad de establecer cuáles eran los valores específicos en cuestión, suponiendo que los maestros los compartieran plenamente.

Estos maestros aparecen aquí presentados, en una clave laica, como la prolongación de los sacerdotes y misioneros españoles que introdujeron la religión católica en los mismos parajes unos siglos antes: “La imagen del maestro en la comunidad andina es casi la misma de los primeros misioneros en los años de la conquista... es la misma del predicador que viene con su verdad a civilizar al que está en la oscuridad, en un acto, generalmente dramático, que se replica en todo tiempo y sociedad conquistada por el hombre occidental”. (p. 274). En su acción, laica y estatal, estos “maestros chilenizadores establecieron en la escuela los contextos instruccionales y regulativos sobre la base de la cultura nacional, ignorando lengua y culturas aymarás, y, por lo mismo, evaluaron a los niños respecto de sus competencias cognitivas y socioafectivas en relación de un currículum y de un discurso pedagógico que expresan conocimientos y reglas alógenos al mundo antiguo”. (p. 264). Resulta interesante leer las declaraciones y testimonios de los propios maestros, las que no necesariamente concuerdan con el discurso teórico mantenido por el autor.

Lo anterior nos lleva a comentar que este libro de Sergio González está cruzado por una tensión entre el plano empírico de la investigación que arroja resultados que no se corresponden de manera clara con el abundante recurso a una teoría que apunta a reducir la educación solo a una forma privilegiada de control y disciplinamiento. Sin que pueda discutirse que en la instrucción hay claros aspectos de lo anterior, estos no son únicos y exclusivos, y las comunidades intuyen los beneficios de educarse y de allí que establezcan y mantengan una demanda. A mi entender, esta tensión alcanza su máximo nivel en “Violencia simbólica y estructural en los Andes de Tarapacá: una reflexión teórica.” (pp. 247-272).

GABRIEL SALAZAR Y JULIO PINTO *Historia Contemporánea de Chile*, Volúmenes I al V, Lom Ediciones, Santiago de Chile, 1999-2002.

En un trabajo conjunto y bajo los auspicios de Lom Ediciones, los historiadores chilenos Gabriel Salazar y Julio Pinto han completado la edición de cinco volúmenes en que revisan la historia contemporánea de Chile, desde la perspectiva de Nueva Historia Social. Como indican sus autores, más que “contar” la historia de Chile, se proponen trabajar en torno a sus problemas históricos, aquellos “que nuestra sociedad no nos ha entregado resueltos, y que, por ello, permanecen en torno nuestro no solo como legados del pasado, sino, sobre todo, como retos, desafíos y tareas para las nuevas generaciones” (Vol. 1, pp. 7 y 8).

El primer volumen, editado en 1999, bajo la dirección de Gabriel Salazar y la colaboración de Arturo Mancilla y Carlos Durán, lleva por subtítulo “Estado, legitimidad y ciudadanía”, discute, reflexiona y analiza los procesos de construcción del Estado en Chile, los proyectos, discursos y estrategias de desarrollo, las características del sistema político chileno, tanto en las alturas –las instituciones del Estado central– como por la base de la sociedad, las comunidades populares y los gobiernos locales. Una de las tesis fundamentales de este primer volumen es que si bien el Estado chileno ha sido eficiente en diversas coyunturas para alcanzar consenso y estabilidad, ello no ha sido acompañado de auténticos procesos de legitimidad ciudadana. De este modo, sostiene Salazar, si se sigue, a la vez, “el sendero alto de la estabilidad y el sendero bajo de la legitimidad, se puede llegar a sorprendentes paradojas históricas. Como por ejemplo, que la historia de Chile ha sido una sucesión de episodios de estabilidad equilibrándose sobre una tensa inestabilidad fundamental de largo plazo” (p. 15). Esta contradicción fundamental ha dado origen a lógicas también contradictorias, entre una clase política orientada por la gobernabilidad, como una necesidad sistémica de mantener disciplinada a la sociedad civil, y unos ciudadanos orientados por la “gobernanza”, es decir, por la necesidad de mantener bajo control a políticos, tecnócratas y militares.

La historia política de Chile revelaría nítidamente un arquetipo de construcción estatal, en donde “la transformación de la diversidad civil en unidad política se ha logrado sustituyendo el diálogo ciudadano por un ‘consenso operacional’, que ha consistido en la imposición de una determinada forma estatal (unilateral) con ayuda de las Fuerzas Armadas. La ‘ilegítima’ tarea de alcanzar la homogeneización política de la sociedad a partir de un proyecto unilateral se ha resuelto con el uso de la fuerza” (p. 20). Para probar esta tesis, Salazar propone un exhaustivo y lúcido análisis de las principales coyunturas constituyentes en el Chile republicano. Más complejo resulta, sin embargo, el análisis de los procesos políticos y las tensas relaciones de ruptura, cooptación o clientelización entre la “clase política” y las “masas ciudadanas”, que Salazar analiza a lo largo del primer volumen.

El volumen dos, “Actores, identidad y movimiento” (1999), bajo la dirección del historiador Julio Pinto y la colaboración de Azun Candina y Robinson Lira, nos invita al análisis de “lo social”, concepto que obliga a los autores a tomar una posición distante del liberalismo y del corporativismo, para proponernos una mirada a los “actores sociales” entendidos como “identidades de carácter intermedio,

situadas entre la particularidad atomizada del individuo y la unidad hegemónica... de la sociedad”. Se trataría de grupos sociales, aunque más precisamente “clases” que comparten experiencias, necesidades e intereses y que van constituyendo identidades colectivas. Desde esta perspectiva se analizan en este volumen la historia de las elites; los grupos medios; el “sujeto popular” en toda su diversidad, es decir, campesinos, peones, artesanos y obreros; y las etnias.

El análisis de Pinto, a propósito de la elite o clases dirigentes, enfatiza en los problemas del proyecto de liderazgo que ha dejado una huella más profunda en la historia chilena, “el de la construcción de un orden nacional”, a menudo revestido de rasgos autoritarios (p.15). Sin embargo, junto a este concepto del liderazgo, Pinto reconoce la existencia de corrientes críticas y alternativas, asociadas al mundo indígena así como al mundo popular, obrero y campesino, que se han construido en contradicción con el proyecto de “orden y unidad nacional”, haciendo visible la historia de una “sociedad diversa y discordante, con profundas brechas económicas, culturales y políticas” (p. 18)

El volumen tres, “La economía: mercados, empresarios y trabajadores” (2002), dirigido también por Julio Pinto, con la colaboración de César Ross y Mario Matus, nos propone una dinámica, sugerente y actualizada síntesis de nuestra historia económica nacional para los siglos XIX y XX. Esta vez, el historiador, sin los tecnicismos de la economía, busca responder a las preguntas sobre las estrategias de desarrollo predominantes en nuestra historia republicana, el rol de los empresarios y sus diversas alianzas con el Estado, la producción y sus actores, en especial, los trabajadores. El análisis propuesto, junto con recorrer los diversos ciclos económicos, nos muestra la vulnerabilidad de la economía chilena, haciendo cuentas menos felices que las dominantes acerca del actual ciclo exportador neoliberal, tanto en lo relativo a las tasas de crecimiento en ciclos largos como respecto de las capacidades de este para superar la pobreza y la desigualdad.

El volumen cuatro, “Hombría y feminidad” (2002), dirigido por Gabriel Salazar, con la colaboración de María Stella Toro y Víctor Muñoz, nos introduce en los proyectos y relaciones de género de los chilenos en los siglos XIX y XX. Organizado este volumen en solo dos capítulos, uno de ellos sigue los derroteros de “los hombres y la hombría”, mientras que el otro el de la feminidad. En ambos casos, los autores o el autor principal, junto con discutir las teorías generales acerca del género, teorías a veces abstractas y universales, nos propone un seguimiento histórico que vincula la construcción del género con los proyectos clasistas y la historicidad vida de hombres y mujeres de la elite, la clase media y el pueblo.

Finalmente, el volumen cinco, “Niñez y juventud” (2002), y dirigido también por Gabriel Salazar y la colaboración de María Stella Toro y Víctor Muñoz, valiéndose del concepto de “generaciones”, va historizando la experiencias de los niños y jóvenes chilenos, reconociendo sus condicionamientos clasistas, culturales así como su propia producción histórica. El volumen termina con una presentación de las tres últimas generaciones del siglo XX, la del 68, los 80 y los 90, lo que le permiten al autor realizar un descarnado análisis no solo de las propuestas de cambio que animaron a los chilenos, entrampados entre el vanguardismo y la go-

bernabilidad, sino que además los efectos del “peso de la noche” o más precisamente del terrorismo de Estado especialmente sobre la generación del 68.

Mirada la obra en su conjunto, es evidente que estamos frente a una de las producciones más sistemáticas y consistentes de la Nueva Historia Social chilena. Ciertamente, Gabriel Salazar y Julio Pinto, con una extensa producción individual, cada uno de ellos, en esta colección, despliegan sus saberes para un amplio público nacional, fuertemente interrogado sobre el pasado reciente. En efecto, para la mayoría de los chilenos la historia nacional se presenta, por decir lo menos, de manera confusa. Por una parte, están los viejos relatos en que la historia tomaba la forma de efemérides de origen escolar o de un gran relato patrio, o más precisamente de un gran relato estatal, tremendamente debilitado después del golpe de Estado de 1973. Por otra parte, y esta es la cuestión fundamental, está la experiencia histórica reciente de ruptura, fractura, división y conflicto que siendo “historia vivida” se presenta en Chile como una diversidad de memorias y para muchos como una “memoria traumática” de conflictos hasta ahora no resueltos.

Parece evidente, a estas alturas, que después del golpe de Estado no solo se fracturó la sociedad, sino que se fracturaron también todos los relatos históricos conocidos. El golpe de estado, del que este año se cumplen 30 años, y el terrorismo de Estado, no solo dañaron e inmovilizaron los cuerpos y la sociabilidad de los chilenos, sino que provocaron una profunda crisis en la “conciencia histórica nacional”. Por cierto, y no se me escapa la idea, de que tal vez nunca existió algo que pudiera llamarse conciencia histórica nacional; sin embargo, alguna idea de pertenencia a la sociedad nacional existía entre los chilenos antes el golpe de Estado que hoy es difícil de reconocer.

El problema se puede plantear radicalmente de este modo, ¿qué conciencia histórica nacional es posible de construir en una sociedad que produjo torturadores e instituciones que violaron los DDHH con manifiesta impunidad, que nos acompaña hasta hoy? Y desde el otro extremo, desde el campo de los vencidos, ¿qué conciencia histórica es posible de afirmar en una sociedad en que sus principales dirigentes afirmaban hasta la noche anterior a la tragedia que “no quedarían piedras que no se usaran en contra de los golpistas” o que “el enfrentamiento era inevitable” y llegada la hora de la verdad, en el mejor de los casos, solo pudieron, cuando lo hicieron, organizar el repliegue de las fuerzas populares?

Esta colección Historia Contemporánea de Chile, me parece que ofrece pistas para la comprensión de aquello que al menos es susceptible de ser comprendido, ya que habrá que admitir que muchas de las prácticas del terrorismo de Estado escapan a lo que Hanna Arendt en sus estudios sobre el totalitarismo relacionaba con el “mal absoluto”, es decir, aquello que “no puede ser deducido de motivos humanamente comprensibles”.

Los trabajos de Salazar y Pinto indagan en el cuerpo social, en su doble dimensión, de individuos y de grupos, de sujetos individuales y sujetos colectivos. Es una historia que rompe con los esquemas tradicionales, en el sentido tanto de las temporalidades (ellos no estudian las secuencias institucionales) como de las categorías interpretativas. Esta es una historia explícitamente pensada desde una perspectiva social.

¿Qué significa indagar y pensar la historia desde una perspectiva social?

Significa, a mi juicio, elegir un punto de vista que interroga el pasado desde la experiencia de los sujetos de carne y hueso, y que reconoce en la experiencia concreta de los sujetos, individuales y colectivos, un principio fundamental de agenciamiento, de protagonismo, de historicidad. *No hay historia sin sujeto y no hay sujetos sin historia*, esta parece ser la premisa que organiza a la historia social. Hacer esto en Chile, interrogar la historia de Chile desde esta perspectiva, implica necesariamente un giro coperniquiano de lo que conocimos como historia de Chile hasta los años sesenta.

Los relatos de Salazar y Pinto, asumiendo esta perspectiva, son necesariamente iconoclastas. Aquí no vale ni la tradición, ni el sentido común de la historia, ni leyendas rosas ni leyendas negras. Vale la crítica a la historia conocida, es decir, la crítica radical al Estado y a las clases dirigentes así como también la crítica a la historia conocida y aceptada del movimiento popular, sus partidos y sus dirigencias.

Ya el primer volumen pone en discusión las nociones de orden y estabilidad, por una parte, y de legitimidad, por la otra, de tal modo que ambos autores pondrán en tela de juicio las nociones dominantes al respecto, para hacernos visibles los débiles principios de legitimidad que organizan las relaciones de poder entre grupos y clases en el Chile contemporáneo. Y si las pretensiones de orden y estabilidad son más débiles de lo que parecen, el programa de la historia social debía necesariamente ir al encuentro con la historicidad de los diversos grupos y clases que han interactuado en la sociedad chilena, pero no únicamente en el sentido postmoderno de identidades construidas en los juegos de lenguaje, sino que de identidades que se construyen de modo más complejo, en especial la de los más pobres, que se nos presentan como proyectos vitales de sobrevivencia, cuando el desempleo, el hambre, la falta de vivienda o el abandono de hombres y mujeres de pueblo no dejan otra opción que inventar la vida en condiciones de extrema precariedad. Estas maneras de inventar la vida, desde la escasez de recursos, desde las posiciones de género y desde la infancia y la juventud, recorren las páginas de los volúmenes 4 y 5.

Sin embargo, el encuentro con la historicidad de los sujetos y su constitución como sujeto, colectivos desafía las lógicas interpretativas del acontecer histórico. Es verdad que la noción de “movimientos sociales” ayuda a la comprensión de la acción colectiva popular, pero, por otra parte, la débil legitimidad del poder estatal no significa que este no cree también realidad. Esto quiere decir que si bien la historia social tiene a su favor los argumentos que se constituyen en el encuentro con los sujetos de carne y hueso, también pesan en nuestra historia los argumentos y las prácticas de las instituciones, en particular la Iglesia, la escuela y más en el pasado que en el presente los partidos políticos. Hoy, probablemente, la mayor dificultad para los movimientos de base sea enfrentar las lógicas de realidad que crea el mercado y el individualismo competitivo.

La colección *Historia Contemporánea de Chile*, de Salazar y Pinto, está llamada por cierto a generar polémica en nuestro medio, ya que, como se propusieron sus autores, busca discutir “problemas históricos nacionales” y al hacerlo desde la “historia social” multiplicando las voces del pueblo y su memoria, abre nuevos derroteros para el análisis histórico.

RODOLFO URBINA BURGOS, *La vida en Chiloé en los tiempos del fogón, 1900-1940*. Editorial Universidad de Playa Ancha, Valparaíso, 2002.

La producción historiográfica del profesor Urbina, desde la aparición de su lejano libro, escrito con el profesor Santiago Lorenzo, titulado *Política de poblaciones en Chile durante el siglo XVIII*, ha estado preferentemente orientada al estudio de ciudades o regiones. Entre las primeras, hay que recordar sus investigaciones sobre Castro y Valparaíso, y entre las últimas no cabe duda que Chiloé –su gran amor historiográfico– constituye el mejor ejemplo de su interés por desentrañar –y revivir– esos mundos cerrados que suelen ser las regiones como aquella.

Una segunda características de sus publicaciones dice relación con su preocupación por escribir –si se me permite la expresión– una historia viva; esto es, elaborar una reconstrucción del pasado en la que los hombres, al ser descritos a base de sus intereses, dudas, mitos, prejuicios, religiosidad, imágenes, alegrías y sufrimientos, cobran una fuerza vital que pocas veces está presente en las obras de historia. Este estilo que practica Urbina, lo disfrutamos en su importante libro *Valparaíso: Auge y Ocaso del Viejo Pancho (1830-1930)* y lo vuelve a utilizar, creo que con mayor vigor, en el trabajo que comentamos en esta reseña.

El rostro urbano y rural es el primer escenario que escoge Urbina para introducir al lector en el mundo de Chiloé. Las cifras que se indican –87 mil habitantes en 1907, de los cuales 82 mil vivían en el campo– le permiten afirmar que se trataba de un “corto vecindario urbano en una provincia rural” y que Chiloé era, sin ninguna duda, la “provincia más ruralizada del país”.

Este mundo campesino –nos dice el autor– estaría caracterizado por lo “opaco”, casi entendido como sinónimo de triste. La ciudad de Castro, por ejemplo, la pinta como un “pueblo opaco, sobre todo en invierno: grises las casa mojadas y musgosas, grises las calles barrosas, grises las gentes envueltas en vestuario gris...”. En este escenario –y con este telón de fondo– se desenvuelven los hombres: los ricos –como los Elorrieta, Gómez, Andrade o Garay– con casas construidas de madera, que solían ser de dos pisos, con comodidades sencillas, espacios diferenciados, con cubiertas zincadas y tejuelas de alerce; y los desheredados de la fortuna en casas que se describen como “rudimentarias, estrechas e incómodas”, solo con espacios comunes. Casi, según decían algunos visitantes, como ranchos, y en las que sorprendía –sobre todo al observador santiaguino– el “ningún esfuerzo por hacer la habitación más agradable”. Bastaba que hubiese un fogón, comida y conversación; todo lo demás resultaba accesorio y caía completamente fuera –no por cuestión de dinero, sino de mentalidad– de lo que el mundo popular estimaba necesario para vivir.

Esta separación material entre ricos y pobres perdía fuerza, sin embargo, en la medida que, en el plano religioso, existían coincidencias significativas entre ambos sectores sociales. Así, podría decirse que la inmensa mayoría de los chilotes era católica, con un “alto número de practicantes y misa semanal”, que no dudaba de la existencia del alma, del pecado, el demonio y la vida después de la muerte, y tenía

siempre presente –y en cualquiera circunstancia– el temor a Dios. Estas creencias –con su correspondiente código de valores e ideales– le daba a la sociedad chilota una fisonomía común y, por otro lado, le servían para diferenciarse de las grandes ciudades del resto del país. En ellas –desde la mirada isleña– predominaban la superficialidad y el brillo, y escasamente las virtudes. Este hecho le servía como argumento a muchos para decir que la sociedad chilota era superior a ese Chile lejano y distinto –el de las grandes ciudades del país–, en el que se entremezclaban, casi como algo natural, el mal con el vicio, sin que los mismos dejaran lugar a la presencia de Dios. En el archipiélago, en cambio, se respiraba religiosidad y la presencia de Dios –en la vida íntima de cada cual– reflejaba que no se había perdido, como en el continente, el verdadero sentido de la vida.

Es muy sugerente el capítulo sobre las autoridades municipales, sobre todo porque queda en evidencia que ellas, en mayor o menor grado, se plantearon como objetivo modificar al menos parte de lo que era dicha sociedad rural. Se trataba, por cierto, de un grupo de hombres ilustrados, a los que ese Chiloé de mitos y leyendas, de meicas y supersticiones les parecía demasiado alejado de lo que eran los centros de progreso y civilización. De ahí que se esforzaran para que las escuelas y liceos difundieran las “luces”, y también para que el médico, en nombre de la nueva verdad que era la ciencia, desterrara creencias estimadas como irracionales. Este combate –si cabe la expresión– no se resolvió en estos años. Solo se inició, dejando en evidencia que en Chiloé, al igual que lo que había sucedido antes en las grandes ciudades del país, la lucha por “civilizar” –que no era otra cosa que el deseo de erradicar lo colonial– se convertiría en una de las metas de su elite.

¿De qué vivían los hombres en Chiloé? El autor traza con mucho acierto sus actividades laborales, situando a los grandes comerciantes en la cúspide de esta sociedad. Estos últimos eran los vecinos que se caracterizaban por su iniciativa y espíritu de trabajo, comparables en estos aspectos con los comerciantes de Punta Arenas o Valparaíso. Se trataba de hombres de fortuna, pero que, dada la estrechez del mundo chilote, resultaban incomparables con los de otras latitudes del país. Su capital, en efecto, era mucho menor, lo que les impedía distanciarse –en casas, gustos y estilos de vida– notoriamente del resto de la sociedad. Su riqueza moderada, en otras palabras, y que no siempre les era fácil de conservar, atenuó los quiebres social que se presentaban en buena parte del país y, por otro lado, sirvió para que la identidad chilota no se resquebrajara.

En un plano inferior, y después de los comerciantes que el autor denomina de “poca monta”, se encontraban los profesionales y empleados. En Ancud, entre los primeros, menciona a los médicos, abogados, matronas, ingenieros, arquitectos y profesores; y entre los segundos, destaca a los funcionarios de las oficinas del Estado que comenzaban a instalarse en Chiloé. En una sociedad más bien pobre ser empleado estatal –con un sueldo bajo pero seguro– daba una gran tranquilidad. Más aún, era un “verdadero privilegio”, según Urbina, si bien esta condición no les quitaba su aspecto “cansado y apagado”, gris, como eran casi todos los habitantes.

La escala de ocupaciones continuaba con quienes desempeñaban actividades manuales; la lista es numerosa y estaba integrada, entre otros, por plomeros, carpinteros de ribera, hollineros y vendedores; se agregaban a ella las mujeres que se ganaban la vida como costureras, lavanderas, planchadoras, empleadas domésticas y pensioneras. Este mundo social bajo o en algunos casos cercano a la clase media –precisa el profesor Urbina– era de “idiosincrasia triste y resignada”; al igual que los anteriores y al igual como eran casi todos los habitantes de Chiloé, a los que las lluvias y largos inviernos parecían haber traspasado su melancolía y opacidad.

La sociabilidad urbana de los grupos mencionados era sencilla y regulada por las estaciones. Los castreños de estratos populares –los hombres, para ser exactos– frecuentaban ciertos espacios públicos, como algunas calles y plazas, y las cantinas. Allí se desarrollaba la sociabilidad masculina, completamente al margen de la mujer, la que quedaba confinada a la casa y a salir solo cuando se trataba de celebraciones religiosas. Los miembros del estrato alto, por su parte, tenían su mundo en el club. Allí la conversación, la lectura y la comida eran sus entretenimientos principales, que les permitían romper la monotonía y generar un espacio de opinión pública y solaz. En las tertulias hogareñas, a su vez, se realizaban actividades semejantes. En ellas había presencia femenina, lo que influía para que los hombres se comportaran con más fineza y urbanidad, sobre todo cuando se trataba de jóvenes que buscaban el amor en el salón familiar.

Los jóvenes “bien”, por su parte, organizaban veladas y matinés en casas particulares. Ir a la Plaza de Armas no era propio de ellos, al menos hasta mediados de la década de 1910. En esas fiestas los padres vigilaban a sus hijos, asegurando el buen comportamiento y evitando –según dice Urbina– “algún bochorno familiar”. Así se conocían y entretenían, en un ambiente cargado de candor y sencillez. Un testigo de estas reuniones –y de las que celebraban los adultos– anotaba que “la vida social en nuestro pueblo... carece de la exhibición aparatosa y brillante que domina en los grandes pueblos... nosotros vivimos... una cultura más agreste”, que expresaba bien la mentalidad católico-rural que, sin diferencias notorias, compartían los chilotes.

Concluye este fino trabajo con una exposición de lo que el autor llama “nacer y morir: que sea lo que Dios quiera”. Con este sugerente título –y a fin de profundizar en lo que es más sustantivo en la mentalidad chilota– el autor insertó lo cotidiano con las creencias religiosas. De esta manera el lector puede apreciar el sentido profundo que la fe tenía para la mayoría de los habitantes, y la decisiva influencia que jugaba en la vida de cada cual. Se creía, por ejemplo, que el camino personal estaba escrito en el cielo y que, por lo mismo, no cabía más que resignarse ante los acontecimientos que se vivían. Con todo, se trataba de conocer lo que deparaba el destino, y con tal objeto se recurría a adivinos que dijeran la suerte. Una de las cosas que más interesaban eran las enfermedades que se padecerían, intentando saber cuán próxima se encontraba la muerte. Así y todo, se subraya que había un fuerte apego a la vida, la que se trataba de prolongar mediante rezos, medallitas y escapularios que, se pensaba, alejaban los males. La muerte, con todo, en cualquier momento debería llegar. Por lo mismo, había que prepararse, luchando contra las

tentaciones de Satanás y no olvidando que Dios, que estaba en todas partes, castigaría ineluctablemente al pecador.

Así eran los “tiempos del fogón”, cuando más bien se vivía puertas adentro; cuando el “brasero y la cocina a leña asumían el rol sociológico de congregar a la familia por las tardes, y la palabra tomaba su lugar cuando se disfrutaba del mate y café de higos..., para terminar el día con el lavado de los pies antes de acostarse, la botella de agua caliente para la cama y la oración familiar que ponía término a la jornada diaria”.

Esta valiosa investigación –con algo de la magia de Chiloé– tiene el mérito de trasladarnos a la “época del fogón” gracias a la capacidad del profesor Urbina para reconstruir la vida de sus habitantes, con sus ritmos y claroscuros, con sus penas y alegrías, con sus mitos y verdades, con sus diferencias y con sus cambios y persistencias. Con todos y casi todos sus matices, al punto que el lector logra apreciar el pasado como algo real y que, en no pocos momentos de la narración, resulta casi tangible.

JUAN EDUARDO VARGAS CARIOLA

MARGARET POWER, *Right-Wing Women in Chile, Feminine power and the struggle against Allende, 1964-1973*, The Pennsylvania State University Press, 2002, 311 pp.

El título del libro puede dar la impresión que la autora se ausenta de lo “políticamente correcto” en la academia norteamericana, al escribir sobre las mujeres de derecha en Chile. Efectivamente, el libro recoge los resultados de una investigación sobre un sector que para muchos no merece dedicación historiográfica, al cual Margaret Power sabe aproximarse con una compleja metodología que incluye, además de las fuentes tradicionales, entrevistas a un centenar de actores de los procesos políticos chilenos de las décadas de 1960 y 1970, la mayoría de ellos, mujeres. No obstante, es notoria y explícita su preocupación por desvincularse de la postura política de sus mujeres y demostrar la mayor distancia con el fantasma de la derecha o del antiizquierdismo. Ya en el segundo párrafo de su prefacio declara que su estudio se refiere a mujeres cuyas creencias no comparte, y que le fue difícil entrevistar mujeres que apoyaron el régimen militar, “que mató, torturó, exilió y empobreció a personas que conozco y quiero, así como a cientos de miles de otros chilenos”.

Estas aclaraciones parecen satisfacer una necesidad moral de la autora, pues desde el punto de vista de la investigación, de las fuentes y de las hipótesis, el libro tiene tal contundencia que no requiere de justificaciones. Se trata de un recorrido por la participación política de la mujer en Chile, el cual culmina con el compromiso femenino con el derrocamiento de Salvador Allende, y la comprobación de que las mujeres de todos los sectores, incluyendo pobladoras y trabajadoras, fueron importantes actrices en este proceso. El libro se compone de 8 capítulos, siendo los dos primeros un resumen de la historia de Chile y de la participación femenina desde 1938, pensado especialmente para lectores no iniciados en el tema.

Los 6 capítulos siguientes son los más contundentes, y efectivamente dan cuenta de lo que la autora se propone.

El tono general del libro demuestra la simpatía de la esta hacia el experimento del “gobierno progresista” de Allende, probablemente enraizada en su rechazo al pronunciamiento militar y a los atropellos a los derechos humanos. Esa simpatía le hace incurrir en afirmaciones históricamente aún no comprobadas, como por ejemplo, “que la oposición ayudó a crear los desabastecimientos y luego hábilmente manipuló la difícil situación en su provecho” (pág. 188). Asimismo, Margaret Power reconoce con franqueza su dificultad en dar fe a su entrevistada, Alejandrina Cox, que su “sacada de lengua” al General Prats fue espontánea, y que ella no favorecía un golpe militar. Estas predisposiciones mantienen a la autora en un nivel de análisis que no incluye una visión más profunda de las ideas políticas chilenas, de la relación entre elite y democracia, y de las fisuras que ocasionaron la ideologización de la política, lo cual, aunque no fundamental, habría sido un gran complemento. Asimismo, se echa de menos un itinerario por la presencia marxista y los planteamientos revolucionarios en los países latinoamericanos en las décadas de 1960 y 1970. Sin esa reflexión, la oposición al gobierno de Allende y el anti-comunismo aparecen desdibujados. De allí que aparezca un poco brusca la afirmación con que inicia el capítulo 2, atribuyendo “mucho del éxito de la derecha al hecho que, a diferencia de la izquierda, ha priorizado la organización de la mujer”. Que, como sostiene la autora, los sectores cercanos al socialismo y al marxismo no alentaran la participación política autónoma de la mujer fue importante en la derrota final del allendismo; pero un análisis político amplio obliga a considerar también en forma relevante la influencia de las dinámicas de la política, la ideología y las convulsiones sociales latinoamericanas y mundiales en los quiebres de la democracia de los años 60 y 70, y a reconocer que la derecha no “organizó” a la mujer, sino que históricamente ha capitalizado a su favor el fervor femenino en causas que le eran comunes.

Los argumentos que se tejen en el relato parten de la afirmación respecto del abandono histórico de la agenda de género por parte de los partidos de izquierda, y se sostiene que, por lo tanto, la incapacidad del gobierno de la Unidad Popular para movilizar a las mujeres forma parte de una negación del sector femenino como actor político. Efectivamente, sabemos que desde comienzos del siglo XX, los partidos de izquierda privilegiaron la sectorización del enemigo en la burguesía, intentando cooptar a las mujeres a adherir a esa postura, desentendiéndose de las reivindicaciones de género de sus partidarias. Es un acierto de Margaret Power prestar atención al apoyo que la mujer recibió de parte de los sectores conservadores y de la misma Iglesia Católica desde finales del siglo XIX para su ingreso a la esfera pública, desde sus roles maternos y educadores. Sin embargo, no percibe tan claramente la evolución del discurso femenino hacia el feminismo, incluso en las primeras asociaciones de mujeres de elite de comienzos del siglo XX. Por el contrario, sostiene que: “Estos grupos no eran feministas porque la mayoría de sus miembros ni creían que la mujer estaba oprimida ni visualizaban la necesidad de ningún cambio fundamental en la posición de la mujer en la sociedad” (p. 49).

Tampoco atribuye mayor importancia a la irrupción de un discurso feminista de derechos civiles por parte de grupos de trabajadoras independientes que lucharon por ejemplo por el descanso dominical y contra el alcoholismo. Ya en 1905, *La Alborada*, periódico que se presentó como “publicación social obrera”, cuestionó el supuesto de que la emancipación de la mujer sería un resultado automático de la lucha obrera. La pervivencia de la postura izquierdista de negación de la agenda de género se expresa en que el programa electoral de Allende en 1970 no tenía una sección dedicada a la mujer, lo cual Carmen Gloria Aguayo justificó sosteniendo: “Creíamos que la lucha por la mujer era parte de la lucha por una sociedad mejor”.

El libro ilustra bien cómo la oposición a Allende se vio beneficiada con la ausencia de una agenda de género por parte del gobierno, la cual unió a mujeres de “elite” y trabajadoras, facilitando la creación de un movimiento femenino nacional al margen de contenidos clasistas, el cual contribuyó fuerte y autónomamente a la formación de la coalición contra Allende. El apoyo, tanto del Partido Nacional, de la Democracia Cristiana y del gobierno norteamericano fueron relevantes, pero no determinantes en la participación política de la mujer. La autora aporta interesantes antecedentes sobre el uso de conceptos de género y el temor al comunismo por incitación del gobierno norteamericano, a fin de promover posturas anticomunistas entre las mujeres latinoamericanas desde la Operación Pedro Pan en Cuba y la movilización femenina contra João Goulart en Brasil. Aunque Power denuncia la negativa de su gobierno en responder a su solicitud de información adicional, acude a diversas fuentes para explicar que desde la Guerra Fría, Estados Unidos apeló a la superioridad de su modelo sociofamiliar en apoyo a campañas del terror. Ese mismo espíritu inspira a la mujer chilena a ingresar en la arena política desde la extensión de su rol maternal y en defensa de la familia, siendo la nación, que ella encarna, la gran familia que le incumbe en tanto tal. Aunque la autora reconoce que, por ejemplo, la Marcha de las Cacerolas de diciembre de 1971 ha sido motivo de controversia, concluye que, aunque organizada por mujeres de elite, no tuvo carácter clasista, lo que contribuyó a su eficiencia y al prestigio de la mujer como actor sociopolítico. La defensa de sus roles tradicionales fue el mismo que imperó en las organizadoras del Poder Femenino, fundado en 1972, para evitar toda vinculación oficial con partidos políticos y declarar su “apoliticismo”. Margaret Power pone énfasis en que a pesar de la importancia del rol femenino, los políticos no habrían apoyado la lucha de la mujer si ellas hubieran realmente pretendido reestructurar roles de género y exigir mayores condiciones de igualdad. Cita su entrevista a Sergio Onofre Jarpa, en la cual este sostuvo que la función femenina fue importante “especialmente en términos publicitarios”, pero que file “la acción masculina la que hizo posible el cambio de gobierno” (pág. 183).

La investigación de Margaret Power parece desmentir la afirmación tan categórica de Jarpa. La autora abunda en ocasiones donde las mujeres fueron relevantes para el derrocamiento de Allende: el apoyo a los mineros de El Teniente, a los camioneros, sus marchas públicas, sus organizaciones femeninas como Acción Mujeres de Chile y Poder Femenino, sus enfrentamientos con la fuerza pública, su difusión de la Campaña del Terror. Todo lo anterior parece imposible de realizar

si, como sostiene Power, las mujeres de elite lo hubieran hecho tan solo “mandando a sus empleadas a las poblaciones con mensajes y panfletos”. Aunque puede haber habido mucho de eso, más bien parece que la efectividad de su acción se apoyó en su terror real, en una decisión también real de involucrarse en defensa de sus valores, y en un anticomunismo que había calado hondo en la clase dirigente chilena, el cual se inoculó exitosamente en mujeres de clase media y baja, debido a que estas compartían los intereses y motivaciones de orden que inspiraban a los opositores masculinos. El libro explica que, a pesar de que las mujeres obtuvieron la legitimidad como actrices políticas, la ausencia de reivindicaciones de género y la decisión inmediata del General Pinochet de desarticular toda organización de carácter político, devolvió a esas mujeres a sus hogares y dificultó que otras pudieran continuar, bajo un nuevo signo, con su ímpetu participativo. Evidentemente la sensación de riesgo social y político percibido por las mujeres en las décadas de 1960-1973 postergó la expresión de motivaciones feministas. La pasión de sus congéneres de las décadas de 1910-1950 por sus derechos civiles y políticos se desvió con furia hacia la defensa de lo que perciben como la patria amenazada. Sin embargo, debemos admitir que sin un recorrido de legitimación paulatina de la presencia femenina en la vida pública, difícilmente la mujer habría estado en las trincheras que ocupó incluso durante el gobierno militar en defensa, por ejemplo, de los derechos humanos o de la familia en momentos de crisis económica.

El libro de Margaret Power despierta estas y muchas reflexiones sobre un tema reciente, importante, no investigado aún, y hace un gran aporte a la historia actual de las mujeres en Chile. Sus dotes de investigadora aplicada que reveló fuentes desconocidas, combinadas con la historia oral a través de un empeñoso y lúcido trabajo de entrevistas, convierten este libro en una referencia fundamental no solo para la historia de las mujeres, sino también del periodo que abarca de la historia política chilena.

ANA MARÍA STUVEN

ENRIQUE BRAHM GARCÍA, *Preparados para la guerra. Pensamiento militar chileno bajo influencia alemana 1885-1930*, Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2003.

El autor tiene una trayectoria en la historiografía nacional como investigador de historia militar, destacando sus estudios sobre la evolución del ejército chileno entre fines del siglo XIX y comienzos del XX. El presente libro no solo es una suma de esos trabajos, y un resumen, sino que consiste en una historia más amplia, sobre la transformación del ejército y qué relación tuvo con la influencia alemana. Basado en archivos chilenos, y en una amplia literatura alemana, que cumple la función de “fuente”, aunque sin haber consultado archivos alemanes, el libro aparece como una obra clave que se añade entre los mejores de la historiografía dedicada al tema.

El tema ha recibido amplia cobertura no solo de parte de los historiadores, sino que de los “chilenólogos” por así decirlo. Efectivamente, del vasto número de quienes escribieron sobre Chile a partir de 1970, muchos se fijaron en la influencia

de la Alemania imperial en la renovación del ejército chileno después de la Guerra del Pacífico. El 11 de septiembre, el carácter de símbolo universal del gobierno militar y del mismo Pinochet, hicieron que los ojos de los investigadores se fijaran con especial intensidad en la “conexión germánica”. Esto no ha disminuido con los años, ya que la obra del mismo Víctor Farías, *Los nazis en Chile* (2000), se alimenta de la proyección de esta imagen. Esta consiste en el supuesto de que existe una línea directa entre la influencia alemana y su tradición autoritaria como su supuesto “desenlace” en el Tercer Reich, por una parte, y el advenimiento del gobierno militar chileno. Es un relato que tiene mucho de “historia fantástica”, que ha alimentado expresa o tácitamente una buena parte de los juicios de quienes han escrito sobre Chile. Todo esto ha sido una cara del estrellato del “caso Chile” en los estudios en ciencias sociales en la historiografía de las últimas tres décadas. Ya en 1970 está el premonitor ensayo de Alain Joxe, *Las fuerzas armadas en el sistema político de Chile*, sobre el papel político que debían tener las fuerzas armadas chilenas, escrito desde una perspectiva básicamente marxista. En Chile sigue en parte esta óptica, con Patricio Quiroga y Carlos Maldonado, con su libro *El prusianismo en las fuerzas armadas chilenas*, de 1988.

Hubo otra línea que intentó comprender tanto la evolución institucional del ejército chileno –el actor por esencia al hablar de “prusianización”–, como su papel político en el siglo XX. Aquí destacaron los estudios diferenciados de Frederick Nunn. Se deben nombrar especialmente sus ya clásicos *Chilean Politics. The Honorable Mission of the Armed Forces 1920-1931* (1970); y su *The Military in Chilean History. Essays on Civil-Military Relations, 1810-1973* (1976). No obstante, se ha mantenido la discusión pública en torno al carácter de las intervenciones políticas del ejército y de los uniformados en general, así como la imagen de dependencia “ideológica” que el ejército de Chile tendría del modelo alemán.

Desde la historiografía ha venido una nutrida investigación estos últimos años. El historiador húngaro Ferenc Fischer, *El modelo militar prusiano y las Fuerzas Armadas de Chile* (1999) analizó esta perspectiva incluyendo material que trabajó primero en la entonces República Democrática Alemana, inaccesibles a los investigadores occidentales. Sus investigaciones están en la línea de Nunn, pero abrió una veta nueva al poner bajo nueva luz los orígenes netamente militares de Carabineros, y la influencia de una misión alemana contratada en el primer gobierno de Carlos Ibáñez en los años veinte.

Simultáneamente apareció en EE.UU. la obra de William A. Sater y Holger Herwig, *The Grand Illusion. The Prussianization of the Chilean Army* (1999). El primero es un conocido autor de temas sobre Chile; conocida es su tesis sobre Arturo Prat, el “héroe santo”, su muy leída *Historia de Chile*, escrita junto al recientemente fallecido Simon Collier. El libro sostiene que la “prusianización” ha sido fundamentalmente un mito, y que fue la historia de un fracaso. Basado en fuentes alemanas y chilenas, añade otras de origen austriaco. Son estas últimas el origen principal de las acusaciones sobre corrupción, que según los autores habrían rodeado a la misión liderada por Körner. La tesis ha sido recibida con escepticismo en Chile, aunque se reconoce la contribución erudita al conocimiento de las circunstancias de la misión.

Finalmente, el año 2002 apareció el libro del general Roberto Arancibia, *La influencia del ejército chileno en América Latina 1910-1950*. Trata sobre lo que se podría llamar las “reproducciones” de la misión Körner, es decir, aquellas que Chile realizó en Ecuador, El Salvador y Colombia, en parte originadas en el buen nombre militar del país adquirido en la Guerra del Pacífico y por la reorganización del ejército producto de la misión alemana. Para el tema que interesa aquí, la obra de Arancibia refuerza la imagen acerca del poder de la influencia alemana en el ejército chileno, ya que este la transmitió a su vez a sus congéneres de esos tres países. Es cierto que en mucho de esto existen solamente las formas, especialmente uniformes y estilos. Mas, no era posible que se reprodujera en América Latina todo lo alemán. Queda claro que las formas alemanas se tenían que traducir tanto a la cultura hispanoamericana, como a la situación concreta de cada uno de estos países.

Como se ve, la obra de Enrique Brahm surge dentro de la estela de una historiografía de larga trayectoria. En líneas generales, Brahm no cae en la tentación de afirmar que su obra “supera” a las demás, o que se trate de una “fase superior” de la investigación sobre la historia cultural del ejército. Su aspiración es más concreta, quiere mostrar cómo en sus planes de guerra –la quintaesencia del oficio de las armas en un ejército como el chileno– fueron influidos por la estrategia alemana. Muestra cómo la mentalidad que condujo a la Primera Guerra Mundial, al Plan Schlieffen –y después al estancamiento en la guerra de trincheras– tenía su perfecto correlato en la estrategia general de Chile. Incluso de lo poco que se sabe sobre los planes de guerra con Argentina hacia 1900, la idea era bastante similar, lo que el autor desarrolla latamente en el último capítulo.

Después de un capítulo en que desarrolla hechos conocidos, que él mismo ha investigado y publicado anteriormente, la reorganización del ejército después de la Guerra del Pacífico, y la influencia concreta de la misión alemana, Brahm se detiene a ver cómo en la época de la “paz armada” se pensaba que sería la guerra del futuro. En Europa la “paz armada” fue la década y media que precedió a la Primera Guerra Mundial. En Chile, fueron los años que precedieron a los Pactos de Mayo (1902), cuando parecía que la guerra con Argentina era inevitable, y se escogió el mismo nombre para designar la época; tal ha sido la simultaneidad de la historia de Chile republicano con la historia mundial. No era extraño entonces que se adaptaran las ideas del ejército más prestigiado, el alemán, para planificar la probable guerra. La diferencia es que Chile tenía una marina más poderosa, en términos relativos, que el ejército, lo que creaba murmullos de descontento en este último. Brahm desarrolla cómo en los diversos aspectos la experiencia alemana había inspirado a los chilenos, ya sea directamente, o por la enseñanza de la Misión. “El punto de partida estaba dado por el decisivo empleo de la artillería alemana sobre las tropas francesas rodeadas en Sedan en 1870” (79), lo que se vio en que para el caso chileno, se prefería la artillería de montaña. Pero se ponía el privilegio en la artillería. Mas, después del cambio de siglo, se adopta la importancia de la ofensiva, que jugaría un papel central en Europa en 1914; entonces, en Chile se requeriría, se decía entonces, de artillería pesada, grandes obuses. Lo mismo fue el caso de la introducción del servicio militar obligatorio, presionado

por Körner, a pesar de que algunos observaban que los reclutas no tenían condiciones, y que el sistema no encajaba con la sociedad chilena.

También cada uno de los conflictos de comienzos de siglo ejerció la influencia respectiva sobre los chilenos, tanto la guerra de los Boers, como la guerra ruso-japonesa o la más extensa en el tiempo en los Balcanes. En estas últimas los derrotados fueron los turcos, formados por los alemanes. “Como consecuencia, los oficiales chilenos y sus instructores alemanes trataron de justificar la victoria de los pueblos balcánicos tomando en consideración factores que no fueran atribuibles a la formación ni a la aplicación de los reglamentos alemanes. De ahí que se insistiera en el atraso del imperio turco otomano, en factores culturales, en su falta de preparación” (107). Esta es la tónica del libro, con detalle, minucioso, y con gran acopio de citas, todas de fácil lectura. El tema de la “industrialización de la guerra”, la resistencia de la caballería a ceder a los requerimientos de la guerra moderna, y las primeras recepciones y la experiencia de la Gran Guerra, constituyen el tema apasionante de este libro, que interesará a quienes se entusiasman con la historia militar.

Es interesante ver cómo en la cultura militar chilena se absorbieron algunas formas semánticas que comúnmente se asocian a un espíritu germano. Todavía en los años treinta, el general Carlos Sáez afirmaba que “todo en la naturaleza vive en medio de una lucha constante a inconmensurable distancia de la paz perpetua soñada por los idealistas. La lucha es una condición de la vida”. En un artículo del *Memorial* se afirmaba que la guerra “es el estado normal de cosas que rige entre seres vivientes”, no un “pecado”. Se nota que Chile no había experimentado la experiencia de la Gran Guerra.

Frases como estas podrían alimentar la idea de un belicismo chileno, o “protonazismo” del ejército, de acuerdo a tesis vulgares. Pero se pueden encontrar palabras de este tipo –con otra forma semántica, no con otro fondo– en todos los ejércitos profesionales y modernos de la época. En el libro, solo echamos de menos una referencia comparativa a la mentalidad de otros ejércitos europeos y latinoamericanos de la época, o si hubo influencias del ejército francés después de 1918, donde es posible encontrar expresiones parecidas. Hubiera puesto estas referencias en su debido contexto.

El libro de Enrique Brahm es otro paso riguroso en el camino de comprender la historia del ejército de Chile, y de sus esfuerzos por adaptarse a los cambios vertiginosos en la técnica y en la estrategia militar.

JOAQUÍN FERMANDOIS

RICARDO KREBS, *La Iglesia de América Latina en el siglo XIX*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago 2002, 341 págs.

Obra, como su autor afirma, realizada en base de archivos originales, sino en excelente bibliografía, puede ser presentada como un excelente manual universitario, y también, como una obra que introduzca en el conocimiento de la polifacética acción del catolicismo en América Latina.

Seis capítulos la componen: 1. América Latina en la primera mitad del siglo XIX. 2. La Iglesia y los movimientos de Independencia. 3. La Iglesia y los nuevos estados. 4. Nuevas tendencias en la segunda mitad del siglo XIX. 5. La Iglesia latinoamericana en el contexto de la Iglesia Universal. 6. ¿Ha cumplido la Iglesia latinoamericana con su misión en el siglo XIX? Sigue la Bibliografía, en 9 párrafos que consta de 297 títulos.

Ricardo Krebs nos dice que su libro busca ser a la vez una crónica y un análisis interpretativo del acontecer histórico.

¿Cumplió la Iglesia su misión? Krebs lo afirma rotundamente, no obstante las dificultades y falencias del catolicismo es ese siglo.

Desvanece así la acerba crítica del siglo XIX, principalmente del liberalismo extremo anticatólico, que definió al catolicismo como una entidad retardataria y obsoleta, al mostrar no solo su acción evangelizadora y educadora, sino que también la activa participación del clero en los complejos procesos de la Independencia, negado por el liberalismo.

Queda en claro la acción social, notable, de órdenes religiosas en medio de los indígenas, como también del clero que organizó a un laicado piadoso agrupado en sociedades y cofradías.

Ante la crítica que cuestionaba la institución divina de la Iglesia, esta reaccionó y se organizó, bajo pontificados de Pío IX (1840-1878) y León XIII tomando las medidas para enfrentar un mundo cada vez más secularizado. Tal como en Europa, nacía el ultramontanismo.

Respecto del proceso de la Independencia, Krebs señala las tremendas tensiones que ella originaran, dividiendo a familias y organizaciones religiosas, como a toda la sociedad, que vivía en medio de una cultura escolástica, que se enfrentaba contra una Ilustración, por pocos seguida en América Latina, y los que lo fueron, fueron cristianos.

Se rompió con España, pero no con la Iglesia, aunque esta hubo de contar con grandes pérdidas económicas y bajas sacerdotales en el proceso de separación.

La desorganización que para la Iglesia significó la Independencia; la participación de figuras señeras en política (por otra parte algo normal en el sistema patronista español), le trajo problemas que hicieron que bajase el impulso misionero y el servicio al pueblo, durante la primera mitad del siglo XIX.

La tendencia de revirtió en la segunda parte del siglo, y en todo él, el catolicismo conservó su prestigio espiritual y social, no obstante las fallas incluso morales del clero.

El catolicismo continuó siendo un vínculo entre las diversas etnias de América Latina, como lo había sido en los siglos coloniales.

Otro punto interesante, que desmiente la intencionada crítica del liberalismo decimonónico, fue la positiva acogida que de 1827 la Santa Sede dio a las incipientes repúblicas, que, aunque no reconocidas oficialmente, por 1840, tuvieron del Vaticano una solución positiva para la designación de obispos. Algo a lo que España se oponía tenazmente, tenía a estos pueblos por rebeldes, y el Rey era el Real Patronato.

En 1829 hay Nuncio en Brasil, y en 1831, el veto de Fernando VII al Cardenal Guistiniani, hizo que se eligiese al Cardenal Cappelani, Gregorio XVI, quien solucionó definitivamente el problema de la designación de obispos.

La mayoría de los Estados latinoamericanos tuvo al catolicismo como la única iglesia y también verdadera, aunque quisieron seguir usando los privilegios del Patronato, a lo que Roma, sin reconocerlo oficialmente, hubo de aceptar.

La Iglesia conservadora no fue cuestionada por los Estados. Más bien quisieron servirse de ella para moralizar a los pueblos, que en sus clases humildes sufrían de vicios como el alcoholismo, la ignorancia y casi nula organización familiar.

El siglo XIX permitió que las iglesias latinoamericanas libres de España, pudiesen comunicarse libremente con Roma, algo que no se dio durante el régimen colonial.

Muestra de colegialidad y de unión fue el Primer Concilio Plenario Latinoamericano en Roma el año 1899, donde, el arzobispo de Santiago Mariano Casanova y el jurista eclesiástico Rafael Fernández Concha tuvieron destacada labor.

Los distintos aspectos de la vida pastoral y religiosa van apareciendo en el libro, mostrándonos cómo el espíritu del cristianismo, su apostolado y misión se restaura después de las crisis independentistas, y se creyó capaz de forjar una cristiandad.

En el capítulo cuarto, se destaca el desarrollo demográfico y económico; el ascenso de nuevos grupos sociales, de empresarios exitosos, la estabilidad política y el debilitamiento de la tradición hispánica, como el auge del positivismo y del laicismo y el actuar de la masonería.

Se analiza con detalle la penetración del protestantismo y la actitud defensiva del catolicismo con el ultramontanismo.

En este contexto son analizados los conflictos entre la Iglesia, el Estado, comunes durante toda la segunda parte del siglo XIX, donde no poca violencia se vivió llegando hasta los exilios, expropiación de tierras e incluso muertes.

Esta confrontación llevó a la Iglesia a la renovación que se expuso en un clero más culto y apostólico surgido de buenos seminarios, con formación seria, en la óptica del ultramontanismo.

Nuevas diócesis, parroquias, sínodos y conferencias episcopales se estructuran vitalizando la misión evangelizadora y social, como también la incursión en política, formándose partidos de inspiración católica, bendecidos por la jerarquía, con el fin de combatir el laicismo ambiente, que especialmente en el plano educativo se enfrentaba con la Iglesia.

Particular interés tiene cómo se afrontó el problema social y la movilización de los seglares para enfrentar el problema y buscar soluciones en comunicación, con la incipiente doctrina social de León XIII.

La lectura de este excelente libro permitirá tener una visión clara y segura del acontecer decimonónico del catolicismo en tierras latinoamericanas.

CRISTIÁN GAZMURI, *El Chile del centenario, los ensayistas de la crisis*. Editor, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2001.

La actual y las futuras generaciones de estudiantes de historia tendrán que agradecer a Cristián Gazmuri la edición de esta antología.

Y tendrán que hacerlo al menos por dos motivos. El primero, muy práctico, por ponerles al alcance de la mano un conjunto de textos de lectura obligatoria para los cursos relativos al siglo XX chileno, que hasta ahora era difícil de encontrar publicados in extenso, salvo dos o tres que habían sido divulgados por Hernán Godoy, en su *Estructura Social de Chile*, en 1971.

El segundo, porque es presumible que en un futuro inmediato el tema de la crisis nacional vuelva a ser objeto de profundas y generalizadas reflexiones al acercarse el segundo centenario de la independencia. Tematizar entonces la crisis, conceptualizarla, y abordarla en sus nuevas manifestaciones históricas, será, sin duda, una obligación de los próximos años. Esta publicación, y su reflexión introductoria, así como las glosas que el editor ha realizado de cada uno de los textos presentados, sin duda facilitará enormemente la comprensión de este período e iluminará el análisis y la comprensión de las crisis del siglo XX, que no fueron menores. En ella habrá que incluir, al menos, la crisis del sistema parlamentario, la crisis integral de que habló Jorge Ahumada, y la crisis de la democracia de 1973.

Además de lo planteado por Gazmuri en sus “Notas sobre la noción de crisis histórica” nos parece interesante ligar la crisis, al problema de su temporalidad.

Es evidente que la identificación temporal de la crisis política, o la crisis económica, o la crisis de un sistema específico –como el educacional que tanto desveló a algunos de los autores de la antología–, es relativamente fácil, incluso puede llegar a ser cuantificable. Y en todo caso, la manifestación de su momento crítico resulta siempre evidente.

En cambio las llamadas “crisis sociales” o “crisis morales” corresponden a crisis de larga duración, y pueden por lo tanto, convivir también largamente con la estructura en la que se ubican y llegar incluso a desperfilarse porque se han producido, por ejemplo, cambios en el orden interno de la jerarquía en cuestión, como podría ser el caso de las conductas sociales que dejan de ser socialmente censurables, y pasan a ser aceptables: es lo que sucede, reiteradamente, con las “crisis morales”.

Parece notable que, salvo una excepción, los autores reunidos en este volumen, no hayan analizado ni hecho presente la relación entre el momento crítico o la crisis lisa y llana, con la experiencia del miedo. Alejandro Venegas apunta en esta dirección: “a todos nos alcanza el miedo; todos temblamos de cobardía...” (153).

El volumen incluye diez ensayos o testimonios escritos en un período de 18 años, entre 1899 y 1918. De Emilio Rodríguez Mendoza: “Ante la decadencia” de 1899; de Enrique Mac Iver: “Discurso sobre la crisis moral de la República” de 1900; de Alberto Edwards: “Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos” de 1903; de Nicolás Palacios: “Decadencia del espíritu de nacionalidad” de 1907; de Tancredo Pinochet: “Inquilinos en la hacienda de Su Excelencia” posterior a 1915; de Alejandro Venegas: “Cartas al excelentísimo señor don Pedro Montt” de 1909; de Francisco Antonio Encina: “La educación económica y el liceo” de 1912;

de Luis Emilio Recabarren: “Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana” de 1910, de Agustín Ross: “el Capítulo XI de sus “*Sesenta años de cuestiones monetarias y financieras y problemas bancarios*” de 1910; y de Guillermo Subercaseaux: “Los ideales nacionalistas ante el doctrinarismo de nuestros partidos políticos históricos” de 1918

Es destacable el rasgo de la actualidad que es posible advertir en los diagnósticos presentados. Algunos textos parecen estar tomados del diario de esta mañana: “No sería posible desconocer que tenemos más naves de guerra, más soldados, más jueces, más guardianes, más oficinas, más empleados y más rentas públicas que en otros tiempos...” nos dice Mac Iver, y podríamos agregar que también tenemos más computadores, más centros comerciales, más universidades, más exportaciones. Y la pregunta del autor, se mantendría constante: ¿Progresamos? (33).

Los partidarios de la antiglobalización podrían repetir con Nicolás Palacios que “Es en realidad el mercader extranjero –por el hecho mismo de la internacionalidad del gran comercio– el que emprende la tarea de minar el sentimiento de la nacionalidad, que muchas veces contraría sus cálculos mercantiles” (106).

Muchos de quienes casi a diario encuentran culpable de todos los males y le piden y exigen soluciones al Poder Ejecutivo encuentran en Tancredo Pinochet un aliado de fuste.

La Dirección de Gendarmería del Ministerio de Justicia, se sorprendería con el diagnóstico del sistema carcelario que entrega Recabarren, y podría preguntarse qué ha pasado en los noventa años que siguieron a la denuncia de este tipógrafo ilustrado.

Sorprendente es, por último, la solución prevista por Subercaseaux en el sentido de “establecer una unión aduanera con nuestros vecinos, o sea, una fórmula de frontera libre que nos permitiera desarrollar entre ellos y nosotros las relaciones de comercio; y esto bastaría en el orden económico para subsanar los inconvenientes de la pequeñez del territorio y de la población”. Es más, vislumbra la posibilidad de “constituir la unión aduanera del Pacífico” (336).

Junto a la actualidad, parece interesante hacer notar es el realismo que se advierte en los diagnósticos. Así, Alberto Edwards no hace ningún intento por ocultar sus opciones oligárquicas, y es capaz de hablar del “país electoral” (78), como sinónimo del país, y eso en 1903, cuando el “país electoral” al que alude estaba formado por 490.017 inscritos en el registro electoral, y por los 172.065 votantes en las parlamentarias de ese año, es decir, el 5,6% de la población.

O cuando hace sinónimo de crisis nacional a la crisis liberal, pues en su opinión son ellos, los liberales, los que “debilitaron el principio de autoridad... y dividieron por dogmatismos de dudosa utilidad a las clases responsables del país...” (95).

O, por último, cuando reclama contra las ideas conservadoras como la comuna autónoma “que disminuye la fuerza y eficacia de la acción del gobierno hasta sus últimos límites”, o “el sufragio universal que entrega a las masas venales los destinos de la nación” (97).

Por su parte, Nicolás Palacios no tiene inconvenientes en considerar necesaria la “chilenización” (nótese que usa la palabra) del salitre, aquel “legítimo botín de una obligada y cruenta guerra de cuatro años”. “¿Hay algo más natural y justo que

el pueblo que conquistó el salitre en franca lid, merced a su patriotismo y a sus superior organización... disfrute del único premio obtenido a costa de su esfuerzo, de sus virtudes cívicas y de su sangre” (104-105).

Alejandro Venegas no tiene inconveniente ninguno en señalar que el actor de todos los males de su denuncia es la oligarquía agraria: “la causa única de nuestra situación económica actual es el influjo que han tenido en la formación de nuestras leyes los mismos que han estado usufructuando de esa situación, principalmente los agricultores, que han constituido una verdadera oligarquía” (177).

En la identificación de los actores de la crisis Recabarren es descarnado para señalar quién es quién: “En el progreso de la producción industrial, artística o científica, el proletariado no desempeña otro papel que el de instrumento o herramienta forjadora de ese progreso, pero el oro que se produce sabe guardarlo muy bien el capitalista solo” (p. 282).

También para Ross, banquero al fin, los responsables morales de la crisis son la oligarquía terrateniente y los grandes productores mineros.

Por último, el más descarnado de los análisis del sistema electoral. “Sobre la base de registros electorales falsificados o viciados, o sea, listas de ciudadanos electores, donde figuran como ciudadanos activos innumerables individuos ya muertos, y nombres de personas imaginarias, se designan las comisiones receptoras de votos. Estas comisiones o mesas receptoras, por regla general, proceden con parcialidad manifiesta, reciben o cambian los votos según su conveniencia; y, además, al confeccionar las actas, estampan en ellas los hechos y el número de sufragios en la forma que más favorece a sus intereses”, no está hecho por Recabarren –quien fue directamente afectado por el mismo al desconocersele su elección–, sino por el conspicuo y varias veces parlamentario Agustín Ross (317).

También es posible constatar la existencia de las “crisis fantasmas”, como la denunciada por Encina. Fantasma porque todo lo que creyó ver, o no existía o era falso. Hay ahí simplemente un manifiesto y profundo error en el diagnóstico.

La sola existencia de eminencias como Stephen Hawking es un desmentido a su pretenciosa afirmación en el sentido que “Las capacidades o aptitudes especiales para determinadas actividades que espontáneamente manifiestan algunos individuos, o que vemos fortalecerse con el ejercicio, son el resultado de *una diferenciación fisiológica* de las células nerviosas de los centros y de las fibras de la asociación, de origen filogénico en lo sustancial y operada por el ejercicio en lo accidental” (218).

Más fantasmagórica, por no decir ridícula, es su afirmación en el sentido que “El ancestral español, producto de dos razas antropológica y psicológicamente muy diferentes, todavía mal refundidas a la época de la conquista de América, traía un psicología bastante rudimentaria y movediza. El cambio de medio físico, la alteración violenta de todas sus condiciones de vida y sobre todo el cruzamiento externo con la hembra de raza aborígen, que no había pasado la edad de piedra, concluyeron por debilitar la fijeza de sus caracteres y rebajaron su grado de civilización” (229).

Y por último, desmentido por la realidad ha sido su vaticinio en el sentido que “el liceo entrará en un período de agonía lenta. Nada habría en esto de anormal ni

de lamentable. Que un nuevo tipo de colegio sustituya a otro que se taimó y no quiso rodar más, lejos de ser un mal, es un gran bien” (243).

Lo que resulta indudable es que se nos ha vuelto a poner en presencia de un grupo selecto de ensayistas. Con un par de excepciones, el manejo del idioma, la claridad argumentativa, la belleza del estilo, incluso, hacen de la lectura de estos textos una gran experiencia intelectual. Detrás de ellos está sin duda el talento de sus autores.

MATÍAS TAGLE DOMÍNGUEZ

JULIO RETAMAL FAVEREAU, CARLOS CELIS ATRIA, JOSÉ MIGUEL DE LA CERDA MERINO, CARLOS RUIZ RODRÍGUEZ Y JOSÉ URZÚA PRIETO. *Familias Fundadoras de Chile, 1656-1700. El conjunto final*. Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 2003, 897 páginas.

Este tercer y último volumen sobre las *Familias Fundadoras* analiza las asentadas en Chile, con filiación continuada hasta nuestros días, en la segunda mitad del siglo XVII, que son cincuenta y un linajes, y además comprende el estudio de ocho llegadas antes de 1600 y de dieciséis entre 1600 y 1650, por lo tanto, este volumen comprende el análisis de setenta y cinco “nuevas familias”, dentro de un espectro de doscientas quince tratadas en los tres volúmenes que comprende esta obra iniciada hace quince años por casi todos los autores del trabajo en comento.

Este tomo se encuentra dividido en varias secciones. Primeramente, Julio Retamal Favereau escribe un prólogo y una introducción que prestan gran utilidad para adentrarse en la época y conocer mejor el devenir de las familias estudiadas, como asimismo el entorno político, social y económico de Chile en los umbrales del siglo XVIII. Las secciones que siguen tratan en profundidad las familias señaladas más arriba, y la inclusión de importantes anexos estadísticos debidos al acucioso trabajo de Carlos Celis Atria nos permite conocer varias e importantes facetas y realidades de ellas. Es así como el lugar de origen, la antigüedad, la condición social, el tamaño de la familia, la legitimidad, nupcialidad, religiosidad y otros aspectos nos dan importantes luces comparativas.

Incluye este volumen un utilísimo “resumen general” de los tres tomos publicados que compila los aspectos ya señalados, debido igualmente a Carlos Celis Atria. Finalmente, otro de los autores, José Miguel de la Cerda, en la sección “la Gran familia chilena”, nos demuestra, como en los anteriores volúmenes, que todos o muchos somos, al fin y al cabo, parientes.

Termina este libro con un útil y completo índice general de los tres tomos, comprendiendo uno cronológico, uno alfabético y uno onomástico, que facilitan enormemente la consulta de esta obra que desborda los límites puramente genealógicos, adentrándose con toda propiedad en un señero estudio de historia social chilena. No podemos dejar de señalar que este estudio tiene sus antecedentes y continuidad en dos importantes libros editados con anterioridad.

El primero, cuyos autores fueron Julio Retamal Favereau, Carlos Celis Atria y Juan Guillermo Muñoz Correa, que trata de las *Familias Fundadoras* llegadas entre 1540-1600 (editado en 1992), que fue planteado inicialmente como único, el que comprende un esclarecedor prólogo de los ya conocidos Retamal y Celis como asimismo una introducción escrita por el primero. En esta oportunidad, los autores estudian a setenta y una familias y el texto se acompaña de útiles anexos y un índice onomástico. Unos años más tarde, en el 2000, los mismos autores del tercer tomo sacan a la luz pública el segundo volumen que lleva como subtítulo “El segundo contingente” y que trata de aquellas familias llegadas a Chile entre los años 1601 y 1655, que fueron un total de sesenta y nueve, comprendiendo a catorce “rezagadas” del tomo anterior. Como en los otros volúmenes reseñados, incluye un prólogo e introducción de Julio Retamal Favereau como asimismo los ya conocidos “anexos” de Carlos Celis Atria y José Miguel de la Cerda. Igualmente, como en los anteriores libros, un índice onomástico acompaña al texto.

Creo que nos encontramos con una “obra mayor” que se entronca con las obras de reputados historiadores como los hermanos Thayer Ojeda, Medina, Roa, Espejo, Cuadra, De Ramón y otros, destacando, en ella, el apego estricto al valor de la filiación continua y comprobada basada en documentación de archivos y otros repositorios, sin mediar consideraciones, pareciendo muchas veces que alguna de las familias estudiadas fueran tratadas, aparentemente, en forma secundaria por la escasez de documentación cierta y valedera.

Muchos problemas han debido sortear los autores en esta monumental tarea. Antes y después de la edición de los respectivos tomos: las dudas, errores, omisiones y desconocimiento de algunas fuentes llevaron a los autores del primer tomo a publicar unas sencillas y por supuesto incompletas “Adiciones y correcciones. Familias fundadoras de Chile 1540-1600”, en la *Revista de Estudios Históricos* N° 37, Santiago, 1993, 314-327. Tarea ímproba e innecesaria que será subsanada en las futuras ediciones, Dios mediante.

Quisiera, finalmente, destacar la inclusión en el tercer tomo de una familia de origen presumiblemente diaguita, Tamblay, afincada en Huasco Alto hacia 1650 con filiación continuada hasta nuestros días (págs. 247 y ss).

Felicitemos a los autores por habernos brindado un trabajo tan serio, acucioso, profundo y leal con la verdad histórica, permitiéndonos conocer y en otros casos recordar importantes aspectos de la historia social chilena de los siglos XVI y XVII.

HORACIO ARÁNGUIZ DONOSO